

ANTROPOLOGÍA

(A la memoria de Pere de Palol)

LLORENÇ ALAPONT MARTIN

ALBERT VICENT RIBERA I LACOMBA

SIAM. AJUNTAMENT DE VALENCIA

E-mail: siam@valencia.es

DE ARQUEOLOGÍA
C O R D O B E S A
NÚMERO 17 (2006)

VOL. II / PÁGS. 161 - 194

RESUMEN

Los diversos cementerios del grupo episcopal de Valencia, en pleno centro urbano, respondían, por una parte, a una jerarquización muy definida de las tumbas, y, por otra, a la atracción de dos lugares martiriales: la tumba de San Vicente y el lugar donde fue torturado hasta la muerte. Alrededor de ambos surgieron sendas necrópolis de distinta categoría. En todo caso, los enterrados en esta zona pertenecían a los distintos rangos de los estamentos superiores de la ciudad. La mayor parte de la gente se seguiría sepultando en los cementerios situados en la periferia que, paradójicamente, son menos conocidos debido a la dinámica arqueológica. En el centro episcopal, los rasgos antropológicos entre las tumbas de los siglos VVI y las del s. VII, bien diferenciadas tipológica y estratigráficamente, indican un cambio poblacional, al sustituirse el tipo mediterráneo grácil por otro con características nórdicas.

SUMMARY

Located in the urban center, the cemeteries of the Episcopal group of Valencia were originated in the beginning from two circumstances, on one hand, to a hierarchic process of burials, on the other, to the attraction of two martyrial sites : the tomb of Saint Vincent and the place where he was tortured until his death. Two necropolis of different categories arose around both. In any case, all people buried in this area belonged to the diverse status of the city high class. Most of the people would continue to be buried in the cemeteries out of the city. Paradoxically enough, they are the less known necropolis because of archaeological dynamics. Inside the Episcopal center, the anthropologic characteristics among the population buried had changed. In fact, the Mediterranean type was replaced by an other one with Northern features. Furthermore, the VVI centuries tombs and other ones of the VII century are clearly differentiated by their typological and stratigraphic aspects.

I. EL SUSTRATO ROMANO

El entorno topográfico original en el s. II a.C., cuando se fundó la ciudad, sería bastante distinto al que conocemos para los tiempos medievales. Buena prueba de ello sería la distancia al mar, a solo 4,5 km., como cuenta Plinio el Viejo (C. PLINIO, *Naturalis Historia*, III, 20). Otros elementos importantes serían el lago, que por entonces debía envolver casi completamente a la ciudad, y el río, cuyo cauce aun no estaría sangrado por los canales de riego y que sería navegable, como nos indican las fuentes medievales y el reciente hallazgo de un puerto fluvial de época romana en la parte norte de la ciudad (BURRIEL *et alii*, 2003). El entorno de la ciudad romana y tardo-antigua recordaría extraordinariamente al que hoy se puede ver en zonas como la Camargá y en los canales y lagunas que se extienden entre Ravenna y Aquileia (RIBERA, 2002).

Valentia fue una de las primeras ciudades que Roma fundó fuera de Italia. Esta primera ciudad se instaló en una pequeña isla o península fluvial, y se encontraba dentro de un fluido sistema de comunicaciones, tanto marítimas como terrestres, ya que la vía Hercúlea pasaba por allí mismo o fue desviada hacia esta nueva ciudad. El urbanismo en su fase republicana, cuando sería colonia latina, es bastante conocido en su conjunto (RIBERA, 1998 y 2002b), pero de sus cementerios sólo se conoce uno (GARCÍA y GUERIN, 2002), de marcado carácter itálico mas que romano, situado junto a la vía occidental, prolongación del *decumanus maximus*, y que, para lo que suele ser habitual, se encuentra bastante alejado del núcleo urbano.

Por el contrario, la época imperial, cuando fue colonia romana, se conoce de

manera más irregular. No están claros los límites exactos de la ciudad del Imperio, pero se han identificado conjuntos edilicios esenciales para comprender la evolución urbana de la etapa tardo-antigua: el foro (MARÍN *et alii*, 1999. JIMENEZ y RIBERA, 2003) y el circo (RIBERA, 1998b). También se conoce relativamente bien la topografía funeraria romana (RIBERA, 1996), que en los últimos años ha aportado varias novedades a lo largo de la vía occidental, algunas de ellas aun inéditas. En conjunto, la dinámica funeraria de la etapa imperial sigue las premisas propias de la época, extendiéndose los cementerios a lo largo de las vías y acomodándose a la topografía de la zona, surcada por canales fluviales. El esquema de las necrópolis de esta fase (s. I-III d.C.) sería:

- s. I a.C- I d.C. Sólo registrada en la necrópolis de Cañete-Misericordia, la Occidental (GARCÍA y GUERIN, 2002. ROSSELLÓ y RUIZ, 1996). Escasas tumbas de este momento. Incineraciones.
- s. II-III. Inhumaciones normalmente pobres, muy pocas con ajuar, lo que dificulta la datación a partir del s. II d.C. Varios cementerios:
 - Occidental: disperso a lo largo de la vía en, por lo menos, 3 zonas, Cañete-Misericordia, Palomar-Quart y Busianos (ARNAU *et alii*, 2003), aparentemente separadas entre sí.
 - Meridional/Occidental, o de la Boatella: gran concentración de tumbas al sudoeste (ALBIACH y SORIANO, 1996).
 - Dudosos: este y norte (RIBERA, 1996)
 - Periurbanos, tal vez de carácter rural: Orriols, al norte (ALBIACH y SORIANO, 1996)

NO, 1996b), Portal de Russafa, al su-
deste (LLORCA, 1962).

Con respecto al periodo tardoantiguo, el
panorama funerario de la ciudad, tanto pre-
sentará fenómenos de perduración, como de
ruptura (FIG. 1).

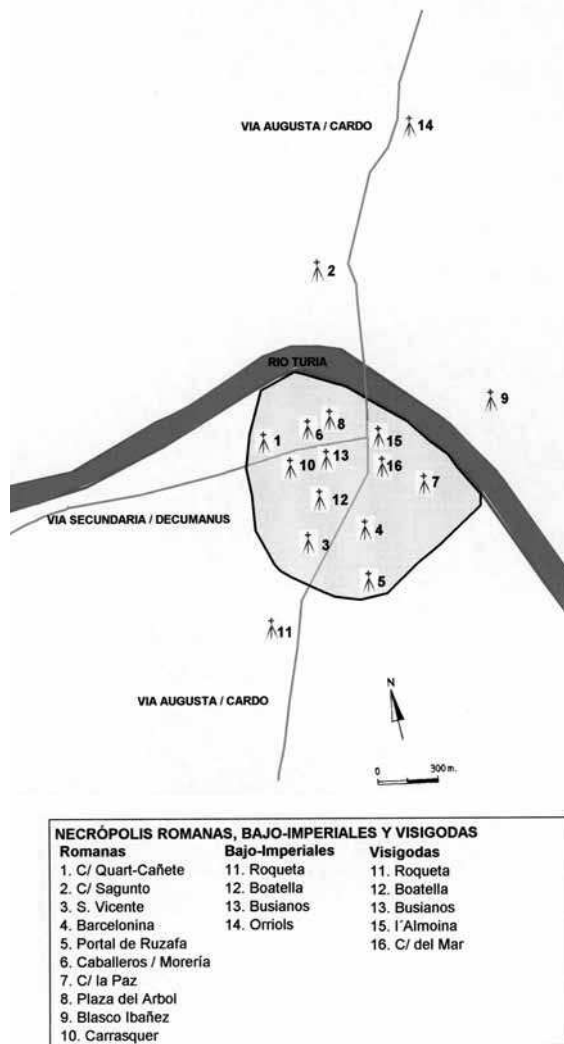


FIGURA 1. Cementerios de época romana y
tardoantigua de Valencia

II. LA ÉPOCA BAJOIMPERIAL (S. IV-V): CONTINUIDAD E INNOVACIÓN

La primera y más conocida relación de Va-
lencia con la nueva religión cristiana se debe
al diácono Vicente, martirizado en la ciudad
el 22 de enero del 304, dentro de la gran
persecución de Diocleciano (RIBERA, 2005.
SAXER, 1989). Los testimonios sobre este
episodio martirial ya aparecen en fuentes no
muy alejadas a los hechos, como Prudencio
y san Agustín, lo que da a este episodio una
notable verosimilitud histórica, frente a tan-
tos otros que despiertan no pocas sospechas
sobre su autenticidad (CASTILLO, 1999).

A la hora de establecer los orígenes de
la primera topografía cristiana de Valencia,
hay que tener presente el martirio de un
personaje que no solo destacó dentro del
contexto hispánico, sino que, desde un prin-
cipio, su figura alcanzó gran notoriedad en
todo el orbe cristiano de esa época (SAXER,
1989b, 1990, 1995. CASTILLO, 2002, 60 y
100). La ciudad que acogió este trascenden-
te evento, como era habitual (BUENACASA,
2003. GODOY, 1998), dispondría de todo un
entramado arquitectónico y litúrgico, vin-
culado a la figura, el cuerpo y las reliquias
del mártir, puestos a disposición de los fieles
locales y de los peregrinos. De hecho, como
iremos viendo, buena parte de los hallazgos
funerarios de los últimos años se deben ex-
plicar a través de este episodio martirial.
Este planteamiento, en sí mismo, no consti-
tuye ninguna novedad, ya que había sido
sacado a colación por los investigadores
locales (LLOBREGAT, 1977) que se habían
ocupado de la cuestión. Lo que ahora ha
cambiado sustancialmente es la calidad y la
cantidad de los hallazgos arqueológicos, que

establecen un esquema ininterrumpido de la evolución urbana entre los siglos III y VIII.

Las turbulencias de fines del s. III afectaron de consideración a la ciudad romana, pero no acabaron con la vida y la entidad urbana de *Valentia*. El primer cambio fue la reducción de la superficie. Frente al abandono de las casas del área septentrional, se observa el mantenimiento de edificios públicos en el foro y sus alrededores, con fenómenos de ruptura y continuidad con respecto a la época romana, que manifiestan la perduración como tal del antiguo centro cívico. Por una parte, los elementos de ruptura, que son los menos, se manifiestan con el abandono de la basílica forense, quedando este espacio cubierto de ruinas y escombros durante toda la etapa bajo-imperial. Otros edificios públicos se mantuvieron sin muchos retoques, como la curia con su edificio anexo. En otros se efectuaron algunas reformas, como el ninfeo, el *macellum* o un supuesto *horreum* (RIBERA, 2000. RIBERA y ROSSELLÓ, 1999.).

Pero la principal actividad constructiva de fines del s. III se centró en un nuevo edificio erigido sobre lo que debió ser la sede de un *collegium*, situado tras el ángulo sudeste del foro. Por sus características de aislamiento y, sobre todo, por los peculiares y abundantes hallazgos de épocas posteriores, que se acumulan por encima y en sus alrededores, se ha identificado este lugar con una prisión. Más concretamente, con la que acogería el episodio martirial (MARIN y RIBERA, 1999), lo que permite explicar la sacralización de este lugar a partir, por lo menos, de fines del s. IV y hasta el VIII. La evidencia arqueológica sugiere que este lugar sería no sólo el primer punto de la topografía cristiana en el interior de la ciudad sino que, tal vez, fuera el pivote sobre el que, a lo largo del tiempo, se irían extendiendo

los principales edificios cristianos. Sería, pues, uno de los llamados escenarios irremplazables vinculados a la vida y pasión de los mártires, lugares que adquirieron la condición de santidad y quedaban inmersos en la memoria colectiva de la comunidad cristiana (GODOY 1998, 161). Hay que mencionar una gran habitación al sur de la supuesta prisión, que en el s. IV se convirtió en un espacio productivo dedicado a la elaboración de algún producto alimenticio, de pequeña entidad (ALVAREZ *et alii*, 2005). No se podría descartar la vinculación funcional de este pequeño centro productivo con el carácter sacro de las habitaciones situadas al norte, lo que explicaría el pequeño volumen que alcanzaría esta instalación y que iría destinado a alguna finalidad derivada de la cristianización del lugar, tal vez al envasado de productos considerados *eulogia* del mártir (GODOY, 2000, 101).

Una hallazgo clave para proponer esta temprana conversión en un espacio cultural es el bol de vidrio tallado con escenas de la *traditio legis* y de otros episodios bíblicos, fechado entre fines del s. IV e inicios del s. V y procedente de talleres de Roma o de Ostia. Es la pieza cristiana más antigua que se ha encontrado en la ciudad. El lugar del hallazgo no puede ser más revelador, uno de los dos departamentos identificados como una posible celda de una cárcel. Se encontró en el nivel de amortización del edificio, formado por una potente capa de escombros de casi un metro de espesor, que lo cubría en toda su extensión. En la gran habitación central se llegaron a recuperar no menos de 7 ánforas enteras y otras cerámicas, además de monedas, que permiten datar esta destrucción en el primer cuarto del s. V (RIBERA y ROSSELLÓ, en prensa), momento en el que

ya se habría consolidado la cristianización de, al menos, este edificio.

El mantenimiento de la entidad urbana de Valencia en el s. IV explicaría que pudiera acoger un acto judicial relacionado con la gran persecución de Diocleciano, bien secundada por su colega occidental, Maximiano, del que dependería Hispania. El nuevo edificio administrativo configurado a fines del s. III y la cercana curia y el foro debieron ser los espacios en que se desarrollaría, más o menos públicamente, este episodio, escenario forense que se repite en otros procesos martiriales, como el de los santos de *Calagurris*, Emeterio y Celedonio (GODOY, 2000).

A) LOS CEMENTERIOS DEL BAJO IMPERIO

En las necrópolis de este momento se encuentran indicios, tanto de continuidad como de ruptura con el periodo romano pagano. Del norte de la ciudad, junto a la Vía Augusta, pero ya a 1,5 km. del núcleo urbano, procede un mausoleo del s. IV, con varios sarcófagos de plomo y algún ajuar personal (RIBERA y SORIANO, 1987), zona en la que se conoce la presencia de tumbas romanas desde el s. II d.C. (ALBIACH y SORIANO, 1996b), por lo que aun debe tratarse de un cementerio pagano, que por su distancia a *Valentia*, tal vez deba relacionarse más con el ámbito rural que con el urbano. Recientemente ha aparecido otra inhumación del s. IV con una espléndida botella de vidrio.

Las recientes (2002) excavaciones de la plaza del Marqués de Busianos han permitido localizar otra zona funeraria, la occidental, en la que se perpetua en época tardoantigua un cementerio romano del s. II d.C.. El elemento más interesante de este lugar es

un gran mausoleo, o un pequeño templo pagano, rodeado por un amplio recinto sacro, el *temenos*, bien delimitado por largos y sólidos muros de *opus caementicum*. Un cementerio del s. II d.C., con varios enterramientos que ha proporcionado ajuares tan peculiares como caparazones de tortuga, posiblemente los restos de algún instrumento musical, se extiende por fuera del recinto sacro, lo que nos lleva a pensar en el original carácter no funerario del conjunto edilicio. Por su tipología nos queda la gran duda sobre la filiación de este interesante edificio, que para sus excavadores es un mausoleo templiforme (ARNAU *et alii*, 2003) y para nosotros se podría tratar del templo de un santuario extramuros, lo que sería más acorde con su tipología y la falta de enterramientos en el interior del recinto (JIMENEZ y RIBERA, 2005). En época tardo-antigua, por el contrario, las sepulturas, en número de 16, se encontraban alrededor del templete, al menos en su lado occidental, que es la única parte excavada. Todas, menos una, están dentro del antiguo recinto sacro, lo que vendría a indicar la conversión del edificio al culto cristiano. Los más fiables datos cronológicos, ante la falta de ajuares, son dos inhumaciones en ánforas hispánicas, de las formas Keay XIX y XXIII, de los siglos IV y V, así como las cerámicas del relleno sobre el que asientan las sepulturas, que van de fines del s. III a mediados del s. IV. Este cementerio, pues, se iniciaría a partir de la segunda mitad del s. IV. La mayoría de las tumbas son fosas con cubierta de *tegula*, de difícil datación, pero también hay una cista de losas, morfología funeraria que en la necrópolis episcopal aparece a partir de fines del s. VI, lo que podría indicar que este cementerio llegaría hasta esas fechas (ARNAU *et alii*, 2005). Posteriormente, junto al templo se levantó una mezquita y sobre ella se edificó la actual iglesia medieval de

Sant Nicolau, en lo que es un ejemplo de la milenaria perpetuación de esta zona como un lugar de culto.

De carácter muy distinto sería el área funeraria localizada a 1 km. al sur de la ciudad, junto a la Vía Augusta, en el barrio de la Roqueta, zona de la que no se conoce la presencia de sepulturas romanas y en la que la tradición sitúa el lugar donde, tras su muerte, fue enterrado San Vicente. Se sabía que al final del periodo islámico, en 1238, a la llegada de Jaime I, aun había allí una decrepita iglesia y una pequeña comunidad mozárabe (GARCÍA OMS, 1984). Por órdenes del rey, la basílica fue derruida y en el mismo lugar se levantó una nueva iglesia, la primera después de la expulsión de los musulmanes. Los escasos sondeos arqueológicos que en 1985 se realizaron justo al norte de esa iglesia, dentro del convento construido con posterioridad, depararon el hallazgo de un cementerio cristiano. Tres de las tumbas, que aparecieron el patio del claustro, parecen del s. VI, pero otra, la que se encontró más cerca de los muros de la iglesia románica, ya sería del s. IV, al tratarse de un sarcófago de plomo con cubierta de grandes tejas planas. (RIBERA y SORIANO, 1987). En su interior se encontraba un individuo adulto, depositado decúbiteo supino, con los brazos ligeramente flexionados, paralelos al tronco y las manos sobre la pelvis, las piernas aparecían extendidas y paralelas, con los pies juntos. El cuerpo mostraba claros signos de haber sido amortajado en el interior de un sudario, con ataduras a la altura de los hombros, los codos y los tobillos. El estudio de la morfología del cráneo realizado por F. Puchalt (en Ribera y Soriano, 1987, 161) indica que se trataba de un individuo femenino, adulto, de una estatura entre 1,60 y 1,65 m. Esta nueva necrópolis vendría a confir-

mar la veracidad de la tradicional suposición que sitúa en esta iglesia la tumba de San Vicente, alrededor de la cual iría surgiendo lo que debió ser el primer cementerio cristiano de *Valentia*.

Si en el s. IV el mártir fue enterrado en la Roqueta, allí tendría lugar la normal evolución de los sepulcros martiriales. En un principio habría un pequeño mausoleo que daría lugar, tal vez a fines del s. IV, a una basílica funeraria, constituyendo desde fechas tempranas un núcleo de culto martirial, con la consiguiente atracción de peregrinos y de los fieles locales y su probable conversión en un *suburbium* con todos los equipamientos que le eran propios: basílica, necrópolis, albergue, sin descartar, más bien al contrario, la instalación de una comunidad monacal. Sería semejante a Santa Eulalia en Mérida (MATEOS, 1999) y al conjunto del Franco-lí, en la periferia de Tarragona (MACIAS, 2000). Sin embargo, la falta de continuidad de las excavaciones, reducidas a una sola campaña, con unos pocos sondeos dispersos, impide que se conozca este yacimiento, clave para el conocimiento de los orígenes del cristianismo de Valencia.

Los extensos cementerios romanos de la zona occidental y sudoeste, surgidos en el s. II d.C., presentan claros indicios de cristianización, en todo caso difíciles de datar con precisión antes del s. V. El de la Boatella, al sudoeste, cerca de la ciudad pero un tanto alejado de las vías principales, tan sólo ha dado una tumba que se puede catalogar inequívocamente como cristiana, la que estaba cubierta por un mosaico sepulcral, hallazgo que indicaría, además, la existencia de un mausoleo o de una basílica funeraria (RIBERA, 2000, 26). La gran mayoría de los modestos enterramientos de este cementerio eran simples fosas con cubiertas de *tegu-*

la y normalmente sin ningún ajuar, por tanto, difíciles de fechar, ya que esta tipología funeraria se registra en *Valentia* desde el s. I al VI. Las escasas sepulturas con ajuares, que podrían ser las más antiguas, dan fechas del s. II y III (SORIANO 1989), por lo que se supone una amplia duración, hasta el s. V o VI, para este extenso cementerio.

A inicios del s. V, en varios lugares de la ciudad se ha constatado un momento destructivo general, acompañado de alguna ocultación monetaria (MAROT y RIBERA, 2005). En la zona del foro se ha manifestado en el incendio y derrumbe total del edificio administrativo cristianizado, que quedó cubierto por una potente capa de escombros. El vecino *macellum* también quedó amortizado en este mismo periodo. La continua inestabilidad que sufrió Hispania entre el 409 y el 472, con la llegada, primero, de suevos, vándalos y alanos, y, finalmente, la conquista de los visigodos de Eurico en 472, explica la reiterada evidencia arqueológica de carácter destructivo.

Esta rotunda fase destructiva rompería la lenta evolución urbana que desde una típica *urbs* romana estaba sólo empezando a configurar los inicios de la ciudad cristiana. Este final convulsivo de la *Valentia* romana supuso una fuerte ruptura, mucho más intensa que la se produjo entre el Alto y la del Bajo Imperio, ya que el colapso de la ciudad antigua, más cristianizada en el fondo que en la forma, iba a facilitar la creación de un nuevo y bien distinto núcleo urbano, especialmente en la zona meridional del foro, donde, en el s. VI, surgió un gran grupo episcopal, prueba fehaciente de la consolidación y triunfo de la topografía cristiana.

Nada se sabe seguro del obispado de Valencia con anterioridad al s. VI, cuando

ya encontramos su primera mención, que hace referencia a un obispado ya importante y consolidado, que acogió un Concilio de la provincia *Carthaginensis*. Por consiguiente, la categoría episcopal debió ser alcanzada con bastante antelación. A pesar de la falta total de datos sobre la organización inicial episcopal del País Valenciano (LLOBREGAT, 1975 y 1977), la comparación con lo que sabemos de los orígenes de otras sedes, ya abundantes a principios del s. IV en la Bética, como reflejan las actas del Concilio de Elvira, o de las más cercanas Baleares, de las que se conocen obispos en Menorca a inicios del s. V y de las otras islas en pleno s. V (AMENGUAL, 1988), hace pensar que, por estas mismas fechas, en una zona litoral tan romanizada y urbanizada como la valenciana, ya debían configurarse los primeros obispados, al menos en las ciudades más importantes, *Valentia* e *Ilici*. La aun escasa realidad arqueológica de estos iniciales pasos del cristianismo habla de la aparición de sus primeros rasgos topográficos, como muy tarde, a partir de fines del s. IV, tanto en pleno centro de la ciudad como en los espacios funerarios periféricos.

III. EL PERIODO VISIGODO: TUMBAS PRIVILEGIADAS Y OTRAS NO TANTO (FIG. 2)

La segunda mitad del s. V es una etapa especialmente desconocida, pero también es un periodo difícil de ajustar cronológicamente. Debido a esto, se presenta un serio problema a la hora de precisar la cronología de algunos elementos importantes del grupo episcopal. Hasta hace muy poco, habíamos supuesto que las primeras construcciones y el primer cementerio que surgieron alrede-

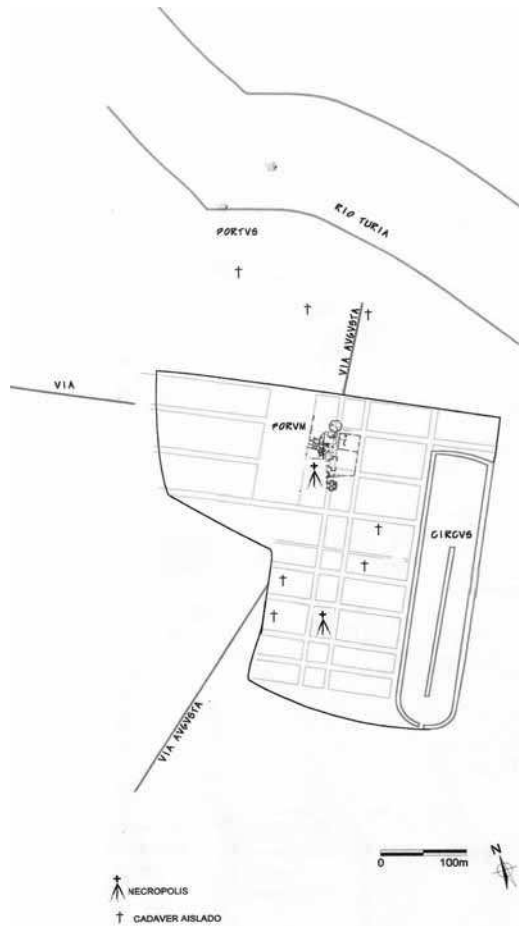


FIGURA 2. *Necrópolis intramuros en los siglos VI-VII*

dor y por encima del antiguo edificio público relacionado con el lugar del martirio, ya sería de la primera mitad del s. VI (RIBERA y ROSSELLÓ, 2000. PASCUAL *et alii*, 2003. RIBERA, 2003). Esto significaba aceptar un *hiatus* de un siglo, entre la destrucción de inicios del s. V y las grandes construcciones del grupo episcopal de la primera mitad del s. VI. Pero este lapso negativo tal vez no exista, o se debería acortar, si consideramos que

algunos elementos arqueológicos podrían ser de la segunda mitad del s. V y no del s. VI, como anteriormente siempre se habían colocado, aunque siempre existía la duda al tratarse de dataciones difíciles de ajustar. Se podría proponer, en suma, que algunos de estos componentes, precisamente los más modestos, formarían un momento urbano previo a la monumentalización del segundo cuarto del s. VI, promovida por el obispo Justiniano, expresión valenciana de la figura del obispo-constructor (PICARD, 1991), con cuyo obispado, entre 530-550, coincidirían las fechas arqueológicas que nos dan los muros de la catedral, del baptisterio y del mausoleo cruciforme.

A) LA PRIMERA NECRÓPOLIS URBANA (S. V-VI)

El elemento de más controvertida datación es la primera fase de la necrópolis (FIG. 3) que surgió sobre los escombros del edificio que albergaría el martirio, que sería el primer cementerio localizado intramuros. Su tipología funeraria, manifestada en unas 30 tumbas, es de tradición romana: fosas cubiertas con *tegulae* (FIG. 4) y unas pocas, infantiles, dentro de ánforas y no presentan ajuar. Para su datación, el elemento más evidente es que son inmediatamente posteriores a la destrucción del edificio público, ya que se instalan sobre sus escombros, lo que indica, pues, un momento posterior a mediados del s. V. De las cuatro ánforas usadas como sepulcros, dos son de las formas Keay XIX y la K. XXXVIB, no pudiéndose clasificar las dos restantes, ambas cilíndricas de origen africano, por su deficiente estado de conservación. El ánfora africana K. XXXVIB es propia del s. V y de la primera mitad del VI. La K. XIX, hispánica, es de los s. IVV

CEMENTERIOS TARDOANTIGUOS DE VALENCIA: ARQUEOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA...

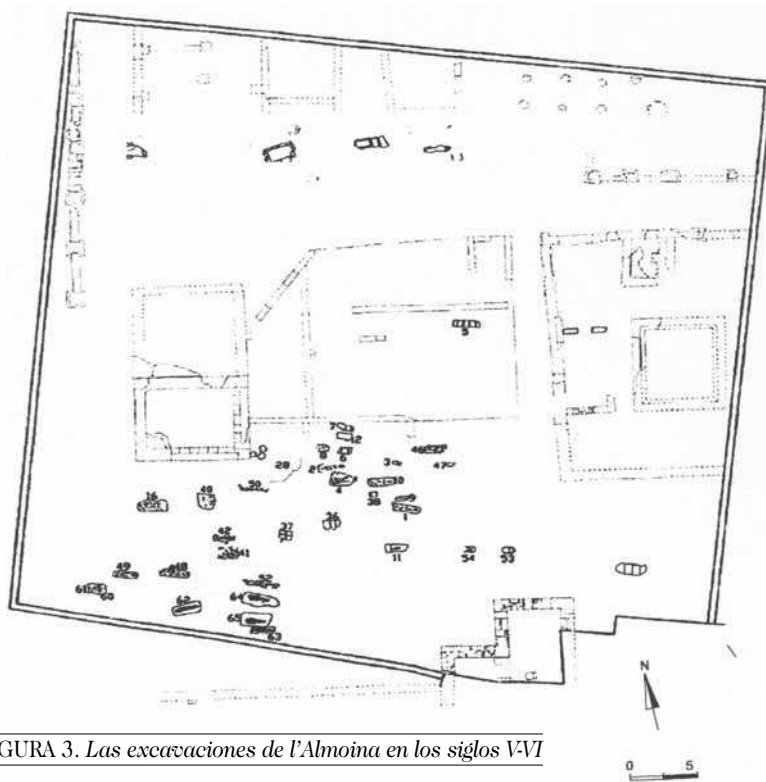


FIGURA 3. *Las excavaciones de l'Almoína en los siglos V-VI*



FIGURA 4. *Tumbas de tradición romana sobre el edificio público que albergaría el martirio (s. V-VI) (foto S.I.A.M.)*

(KEAY, 1984), fechas que concuerdan con la ubicación estratigráfica, habida cuenta la normal perduración de estos contenedores en sus usos secundarios, como cuando aparecen en los cementerios. El uso de ánforas en tumbas infantiles es algo habitual. En *Valentia* ya se conocen para la época imperial y bajo-imperial en la necrópolis de la Boatella, donde aparecen ánforas de los s. I a.C. al IV dC. (FERNANDEZ, 1984). Para el periodo tardo-antiguo, hasta el s. VI o inicios del s. VII, por lo menos, se conocen de un extremo a otro del litoral mediterráneo hispano, desde *Emporion* (NOLLA y SAGRERA, 1995) y *Tarraco* (REMOLA, 2000) a *Barbate* (BERNABÉ, 1988).

Todas las tumbas de esta fase inicial se agrupan alrededor de la habitación que hemos interpretado como un lugar martirial, que, en la práctica, funciona claramente como un auténtico polo de atracción de los enterramientos, carácter que no sólo perdurará sino que se acentuará aun más en la segunda fase de la necrópolis (RIBERA y ROSSELLÓ, 2005), perpetuándose hasta la islamización de la topografía, que comenzó a fines del s. VIII. Algunas de las grandes cistas colectivas del periodo posterior, datadas a partir de fines del s. VI y que serían más propias del s. VII, rompían algunas de esta primera etapa, lo que nos daría su límite cronológico final. En anteriores estudios (CALVO, 2000. RIBERA y ROSSELLÓ, 2000. RIBERA y SORIANO, 1996) habíamos preconizado la existencia de ese vacío ocupacional entre la destrucción del s. V y la erección del conjunto monumental de la primera mitad del s. VI, más que nada por la normal ausencia por esa época de cementerios intramuros, aunque se había sugerido la posibilidad que a fines del s. V ya se podrían haber iniciado los enterramientos.

Tal vez fuera más razonable acogerse estrictamente a lo que nos dice la evidencia arqueológica, que estaría más a favor de una fecha de la segunda mitad del s. V, tal como hemos visto que sugieren las ánforas. Con este planteamiento, habría que pensar que poco después de la gran destrucción de la primera mitad del s. V, los fieles, más o menos espontáneamente, atraídos por un espacio ya muy sacralizado, originarían este cementerio *ad sanctos*. Al mismo tiempo, justo sobre la supuesta cárcel, se excavó un modesto pozo, cuya agua debió ser algo más que agua para los que lo frecuentaban. Las tumbas se extendían alrededor de lo que sería la celda del mártir pero nunca se superponían a ella.

Hasta ahora también habíamos supuesto que la necrópolis seguiría en el tiempo al gran conjunto episcopal, aunque ahora se expone alguna matización importante, como sería considerar que el cementerio fue, en un principio, anterior y, luego, coetáneo, a la gran catedral y sus anexos, situados a pocos metros hacia el sur. Además, recientemente, en 2004-2005, se ha comprobado, que en la misma zona donde se alzaron los edificios del s. VI, hubo, con anterioridad, una construcción más modesta, como suele ocurrir en estos casos, aunque la poca extensión excavada no permite más precisiones. Hay que considerar que la ubicación en este lugar de la catedral debió estar mediatizada por la existencia de este espacio que había quedado sacralizado por haber corrido allí la sangre del mártir: *ubi sanguinem fundit* (CASTILLO, 1999).

La primera necrópolis intramuros de Valencia consistió principalmente en tumbas de tradición romana, individuales, cubiertas de *tegulae* a doble vertiente e infantiles en el interior de ánforas. Sin embargo, aparecie-

ron también 2 tumbas colectivas con cubierta de *tegulae*, en las que se enterrarían los miembros de una misma familia. Su ritual consistió en reubicar cuidadosamente en el interior de las tumbas los huesos de los individuos enterrados con anterioridad para facilitar posteriores inhumaciones. Este hecho, junto con la agrupación familiar de las tumbas individuales de cubierta de *tegulae*, representan la transición entre el ritual funerario romano y el nuevo ideario cristiano, que se generalizará posteriormente y que prácticamente ha perdurado hasta nuestros días.

La totalidad de los individuos inhumados muestran una idéntica deposición en el interior del sepulcro (FIG. 5): el difunto se depositaba decúbito supino, con el cráneo ladeado a derecha o izquierda, o mirando al frente. Las extremidades superiores extendidas y paralelas al tronco, con las manos franqueando o cubriendo la pelvis, y las extremidades inferiores extendidas y paralelas, con las rodillas y los pies juntos. La posición de los esqueletos permite deducir que los individuos se encontraban amortajados en el interior de un sudario atado a la altura de los hombros, los antebrazos, las rodillas y los tobillos, como prueba la contracción forzada de las clavículas, los brazos pegados al cuerpo y los pies juntos (FIG. 6).

La descomposición de los cadáveres se realizó en medio vacío, constatado por la desarticulación parcial de algunos componentes óseos, como la mandíbula (FIG. 7), coxales y rótulas, tras el proceso de putrefacción. Circunstancia confirmada por el hallazgo de clavos en las tumbas que sugieren la presencia de ataúdes de madera.

La posición del cuerpo en la tumba es un importante elemento para reconstruir el

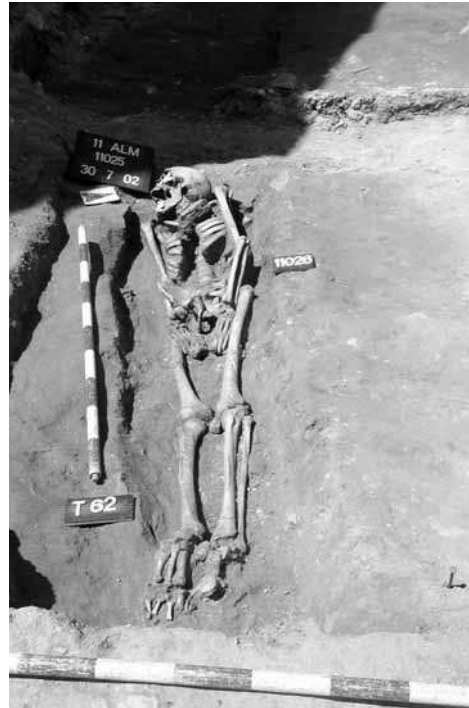


FIGURA 5. Individuo enterrado en tumba individual de la primera necrópolis. (foto S.I.A.M.)

proceso de inhumación. La colocación normalizada del finado en el sepulcro sugiere un significativo cuidado en el momento de enterrar el difunto. Seguramente, antes de que el *rigor mortis* impidiera la manipulación de las extremidades, el cadáver era lavado y dispuesto para que mostrara un aspecto digno, seguidamente el cuerpo era envuelto en un sudario y atado de forma que fuera fácil su transporte y colocación en el ataúd o directamente en la tumba.

Es interesante incidir en la orientación oeste-este de los difuntos, oscilando entre los 270° y 280° respecto al Norte. La orientación de las tumbas tomaría como referencia la puesta del sol, como símbolo del ocaso



FIGURA 6. Posición de manos que indican el amortajamiento de los cuerpos mediante ataduras. (foto S.I.A.M.)



FIGURA 7. La desarticulación y desprendimiento de la mandíbula indican la descomposición en vacío de los cuerpos. (foto S.I.A.M.).

de la vida, las pequeñas variaciones estarían motivadas con la diferente época del año en la cual se enterró al difunto.

En líneas generales existe una mayor presencia de individuos femeninos. La esperanza de vida estaba en torno a los 45 años de edad para ambos sexos, aunque destaca la presencia de varios individuos entre los 50 y 60 años, lo que indicaría que la población de este primer cementerio pertenecería a una clase privilegiada, con unas buenas condiciones de vida.

La estatura media está alrededor de 1,66 m para los hombres y 1,58 m para las mujeres. Por su tipología física, los indivi-

duos estarían en el tipo mediterráneo grácil, con un cráneo dolicoocráneo, esqueleto grácil y estatura media-baja.

El análisis morfológico de los esqueletos nos ha permitido apreciar una circunstancia, mencionada anteriormente, como es el agrupamiento familiar de las tumbas individuales. Se ha comprobado que los miembros de tres tumbas de *tegulae* contiguas mostraban rasgos genéticos idénticos. Los sepulcros 63, 64 y 65 contenían tres mujeres, una de ellas de una edad comprendida entre 50 y 60 años, la segunda de entre 20 y 25 años y la tercera de entre 18 y 22 años. Las tres presentaban metopismo completo al cráneo (FIG. 8), conservando sin obliterar la sutu-



FIGURA 8. Cráneo de uno de los dos individuos de tumbas de *tegulae* adyacentes con metopismo. (foto S.I.A.M.)

ra medio-frontal desde nasió hasta bregma. La sutura craneal medio-frontal desaparece normalmente durante el primero o segundo año de vida, pero en algunos casos esta sutura persiste y se puede distinguir incluso en individuos de edad avanzada. Según varios autores, este tipo morfológico está determinado por factores genéticos y, por lo tanto, sería heredado por los miembros de una misma familia (BROTHWELL, 1981). Este hecho se confirma con la existencia de dos tumbas de *tegulae*, colectivas (sepulturas 3 y 4), que alojaban respectivamente 3 y 4 individuos. Además, las dos contenían los restos esqueléticos de dos subadultos. En la primera de ellas un individuo infantil de 10 años, y en la segunda de 6 años. Evidentemente, tanto el carácter colectivo de estas tumbas, como la presencia en las mismas de individuos subadultos, cuando estos últimos

acostumbran a enterrarse en reducidas fosas, dentro de ánforas que servían de contenedor de los cuerpos de los niños, se alejan de las normas generales que caracterizan el momento inicial del cementerio.

La prematura ubicación de la necrópolis en el centro de la ciudad vendría motivada por el deseo de situar los enterramientos junto al lugar del martirio de San Vicente, y también, en segundo término, por la agrupación familiar de las tumbas individuales pertenecientes a las elites sociales (CALVO, 2000, 193). Esta reunión familiar de las tumbas es sin duda el precedente de las tumbas colectivas de la segunda fase.

Mención a parte merece la tumba colectiva 41, la cual contenía alrededor de 15 individuos, todos ellos enterrados al mismo tiempo. Esta fosa común podría relacionar-

se con alguna de las frecuentes epidemias de esta época, como la tristemente famosa “*gran peste de Justiniano*”, la primera ola de la cual comenzó el año 541, y durante tres años asoló el imperio bizantino y el resto del Mediterráneo (CALVO, 2000, 195).

A primera vista, en Valencia parecería prematura la entrada de enterramientos en el núcleo urbano, aunque tampoco sería el más antiguo conocido, caso de las sepulturas urbanas de *Setif*, de la segunda mitad del s. IV (FASOLA y FIOCCHI, 1989, 1167. PERGOLA, 1998, 59), pero sí uno de los primeros que rompería con la antigua norma y costumbre romana de prohibir los cementerios al interior de las ciudades.

Recientes excavaciones en l’Almoína, en 2005, han localizado otro probable cementerio de este primer momento al este de la Vía Augusta, sobre lo que era la mitad sur del gran ninfeo romano. Sólo se ha localizado una tumba, junto a la piscina columnada también descubierta en ese mismo año, lo que plantea nuevas perspectivas de investigación que ahora sería prematuro desarrollar.

¹ La existencia de la cárcel donde estuvo encerrado y fue torturado San Vicente es tan fuerte hoy en día en Valencia, que en la ciudad actual existe no uno sino dos lugares en los que la tradición ha situado este edificio (SORIANO y SORIANO, 2000)

² El saqueo organizado de los antiguos edificios romanos constituyó una práctica más que habitual de la edificación tardoantigua y, más aun, en una zona como Valencia, donde la piedra natural está bastante lejos debido a su situación en medio de una llanura aluvial. En época romana imperial, la mayor parte de la piedra utilizada en los edificios públicos venía de canteras alejadas más de 25 km.

³ En los primeros siglos del periodo tardoantiguo fue bastante normal que los antiguos y sólidos edificios cívicos y paganos, cuando no servían de cantera, se adaptaran o transformaran a las necesidades del culto cristiano. Los ejemplos son muy abundantes (FERLENGA, 1990. VAES, 1989 y 1990).

Además de ese incipiente nuevo edificio del s. V, situado al sur, esta necrópolis, cuya fecha temprana se explica, con bastante facilidad, por la presencia de este espacio singular¹, no sería un elemento aislado en medio de una ciudad arrasada, aunque en un principio tal vez si lo fuera. En la zona oriental y sudeste del antiguo foro, la destrucción del s. V acabó con el edificio público administrativo, cuyo espacio y, tal vez, el de la basílica romana, se convirtió en un cementerio. El *macellum* también fue destruido pero sobre él se levantaron los muros de otro edificio, cuyas piedras, por su forma y proximidad, parece que fueron sacadas del vecino ninfeo, tras un expolio sistemático² realizado a fines del s. V (PASCUAL *et alii*, 1997). Esta nueva parcelación del espacio del antiguo mercado aun mantenía la orientación ortogonal romana pero no respetaba las líneas de fachada anteriores, ya que invadió lo que fue la acera peatonal del *cardo maximus*, iniciando el típico proceso de invasión de las vías públicas tan propio de la antigüedad tardía (WARD-PERKINS, 1996).

Este nuevo edificio, que tal vez funcionaría con la curia, sirvió como límite septentrional de la primera necrópolis, aunque en su interior se encontró una tumba individual de tradición romana. Dado su irregular estado de conservación general, aunque algunos tramos de sus muros demostraban solidez y excelente factura, no se ha podido precisar su funcionalidad, aunque debe tratarse de un edificio público integrado en el grupo episcopal.

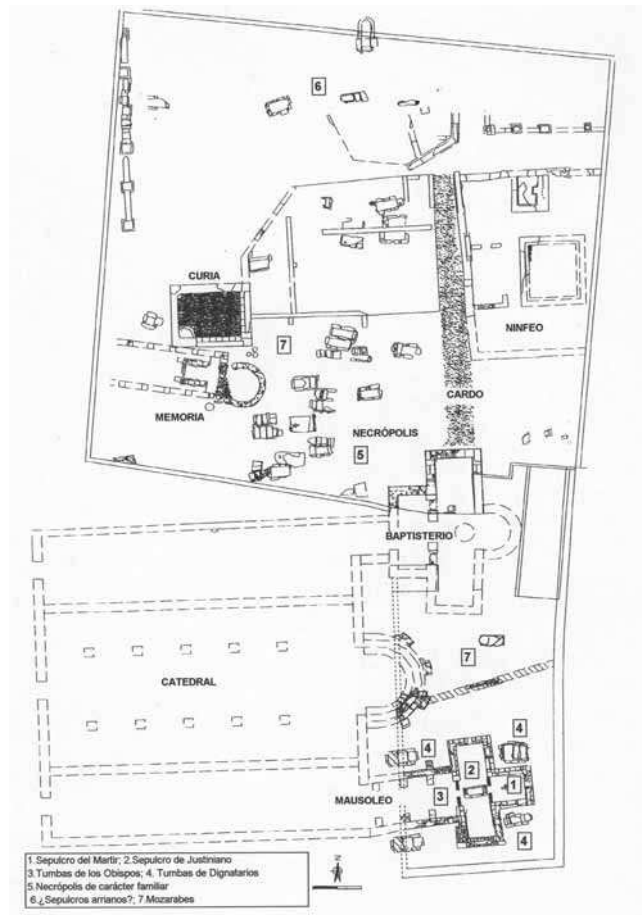
Otros edificios romanos perduraron, con alguna reparación y reforma. Sería el caso de la curia y su anexo, el *horreum* y el ninfeo³, aunque es difícil precisar la nueva función que asumirían. En un primer momento, pues, se podría suponer una modesta

recuperación de la fase destructiva del s. V, en la que destacaría la irrupción de un cementerio, el mantenimiento de algunos de los antiguos edificios y la modesta construcción de alguno nuevo.

B) LA CATEDRAL Y SUS CEMENTERIOS

En la primera mitad del s. VI se alzó un gran complejo religioso (FIG. 9), del que conocemos mejor dos edificios anexos, adosados en un momento inmediatamente posterior, que el cuerpo principal: la catedral. De ésta sólo tenemos constancia arqueológica de un tramo del ábside y otro del muro de cierre septentrional. Si calculamos el eje central del ábside, se observa que el muro septentrional estaría de esta línea axial a la misma distancia que la pared meridional del pasillo perimetral que enlazaba la catedral con el mausoleo, 18 m, por lo que la anchura del edificio estaría en torno a los 36 m.

En un momento posterior, a mediados del s. VI, a esta gran construcción se le añadieron dos anexos monumentales a ambos lados de su cabecera, invadiendo, y anulando, el espacio que desde hacía más de 600 años ocupaba el *cardo maximus*. Al norte se instaló un gran baptisterio (PASCUAL *et alii*, 2003), y, tal vez un poco después, al sur se alzó un mausoleo cruciforme, tradicionalmente conocido como la Cárcel de San Vicente, que no es ninguna prisión pero que si creemos que tuvo algo que ver con el mártir. Se conserva toda su planta en forma de cruz, aunque en un estado bastante irregular. Mientras el ala septentrional esta casi intacta, incluyendo la bóveda, de la meridional solo quedaban los cimientos, y la oriental y la occidental han mantenido buena parte de sus paredes. El eje central, el crucero, se ins-



1. Sepulcro del Mártir; 2. Sepulcro de Justiniano
3. Tumbas de los Obispos; 4. Tumbas de Dignatarios
5. Necrópolis de carácter familiar
6. ¿Sepulcros arranosos?; 7. Mozarabes

FIGURA 9. Jerarquización funeraria del grupo episcopal en el s. VII.

taló sobre el *cardo maximus*. Un pavimento de *opus signinum* se extendía por todo el edificio. En tres de los cuatro ángulos exteriores de la cruz había una gran tumba monumental hecha con losas y sillares (FIG. 10), aunque en el otro ángulo, el del sudoeste, también podría haber otra, pero estaría arrasada. Tan solo se ha conservado intacta una de estas sepulturas, la del ángulo nordeste, que contenía los restos esqueléticos de un individuo masculino de unos 60 años,



FIGURA 10. Tumba adosada al mausoleo cruciforme (fase visigoda) (foto S.I.A.M.)

1,70 m. de estatura y complexión robusta, con claros signos de osteoartritis en la articulación de ambas rodillas, hecho que denota una condición de obesidad, signo evidente de un elevado estatus social: prelados o dignatarios de alto rango. Estas grandes tumbas parecen idénticas a las colectivas de l'Almoina, del s. VII, fecha que podría coincidir, pero esta es individual y esta precintada des del principio, al contrario que las otras, que tienen como una puerta para continuar haciendo enterramientos durante un largo periodo (RIBERA y SORIANO, 1996).

La función de este edificio de planta cruciforme no fue otra que la funeraria, no siendo un *“edifice cultique”* ni una iglesia, como provisionalmente se había considerado en los primeros momentos (SORIANO, 1995), cuando aun no se había excavado en el interior y no se había encontrado la tumba excavada en el centro del crucero, que dejó claro que era un mausoleo (ROSELLÓ y SORIANO, 1998). Tal como se ha propuesto, consideramos bien plausible que

el importante personaje encontrado en esa tumba privilegiada tiene muchas posibilidades de ser el famoso obispo Justiniano que, al mismo tiempo, también sería el promotor del mausoleo. Ya nos parece más discutible que el destino principal de este gran sepulcro fuera el de alojar el cuerpo de un obispo, por muy importante que este sea. La interpretación que suponemos más lógica y ajustada con las costumbres de la época sería vincular la construcción de este ciertamente importante sepulcro con la principal figura de la Valencia tardo-antigua, San Vicente. Sabemos que su cuerpo y reliquias importantes fueron trasladadas desde la periferia, la Roqueta, al centro de la ciudad (SAXER 1995). Además, también se conoce que Justiniano se proclamaba un ferviente devoto del mártir, al que hizo heredero de sus bienes (LINAGE 1972). Detrás de esta herencia podría entrar la construcción de este mausoleo. Actuando de esta manera, bajo el paraguas del sepulcro y del culto al santo, el obispo tendría la ocasión más digna, y discreta, de hacerse una sepultura propia sin preocuparse por una denuncia de soberbia, como habría ocurrido si se hubiera construido una tumba monumental solo para él, algo que se criticaba y regulaba en las Actas conciliares. Al pie del mausoleo empezaba un largo corredor que lo enlazaría con la catedral, y que, a ambo lados, aparecía subdividido por arcosolios que acogerían sarcófagos, formando una necrópolis muy privilegiada en el interior del edificio, seguramente la de los obispos posteriores a Justiniano, que buscarían la proximidad con el sepulcro del mártir y del obispo. Evidentemente, una de las mejores ubicaciones sería la de este cuerpo enterrado en el crucero, porque estaba muy próxima, prácticamente al pie, de las reliquias martiriales, que se encontrarían en el espacio más destacado de este edificio,

que, obviamente, no puede ser otro más que la cabecera del mausoleo. Allí debieron estar, bien a la vista de todo el mundo, porque la misma razón de ser de este edificio era destacar a un personaje excepcional, por lo que su presencia material debería hacerse totalmente efectiva, tanto a los visitantes y peregrinos, que circulaban por el interior, que verían la tumba al final de un pasillo jalonado por sarcófagos, como para los que estaban al exterior, que también podrían contemplarlo a través de las ventanas situadas a los tres lados de la cruz, auténticas *fenestellae confessionis*, desde donde se podría orar con la vista puesta en los sepulcros del mártir y el obispo, que aunque de menor "santidad", por lo que sabemos (LINAGE, 1972), también debió ser objeto de veneración. En otras zonas funerarias coetáneas, los sarcófagos de personajes relevantes estaban a la vista de la gente (PICARD, 1989, 534), siguiendo la ceremonia de la *elevatio*, por la que se exponían públicamente las reliquias de los santos (CASTILLO, 1999, 91).

En el centro de la cabecera del mausoleo se ha señalado una perforación que, en su momento, se asoció con el hueco del pie de un altar. Así, en el montaje expositivo actual, se ha instalado allí un altar de un solo pie, que, sin embargo, procede de las excavaciones de l'Almoyna y es una mesa auxiliar que iría adosada a una pared (ESCRIVÀ *et alii*, 1990). En la cabecera no había ninguna evidencia de otra tumba, pero con la desafección del culto cristiano, a partir de la segunda mitad del s. VIII, el mausoleo se convirtió en un "hamman", un baño árabe, que arrasaría con todos los elementos que habían estado colocados sobre el pavimento. Además, la mencionada perforación también se podría deber a un elemento de sujeción de la plataforma, sobre la que se colocaría

el sarcófago. Éste, tradicionalmente, se ha llegado a identificar con el que ahora se conserva en el Museo de Bellas Artes de Valencia, recuperado en el siglo XIX del cuartel que acogía la unidad que, precisamente, desmanteló parte de la iglesia de la Roqueta durante las guerras carlistas, lo que permite una mínima, pero hipotética, posibilidad de relación con la tumba del mártir (LLOBREGAT, 1977, 56).

Los materiales cerámicos encontrados en los niveles de construcción llevan al s. VI el momento de erección de este mausoleo, fecha confirmada por el análisis del C¹⁴ del esqueleto de la tumba central, que dio la mitad del s. VI como el momento de su muerte. Era un individuo masculino, de 50 años, con signos artrósicos que indicaban un significativo sobrepeso, y por tanto una buena alimentación. Correspondía a una inhumación secundaria, es decir, que los restos del difunto fueron trasladados desde otro sepulcro. Si este individuo falleció a mediados del s. VI, por su edad también coincidiría bien con los rasgos del obispo Justiniano (ROSSELLÓ y SORIANO, 1998). Este edificio funerario sería erigido por estas mismas fechas, tal vez un poco después de la muerte del obispo, que primero pudo estar provisionalmente sepultado en otro lugar mientras concluía la construcción del mausoleo. En todo caso, este anexo funerario siempre sería posterior a la catedral, a la que se adosaría, al igual que el baptisterio.

Esta relación tan estrecha entre un obispo y un mártir, es muy corriente en muchos otros lugares a lo largo de los primeros siglos del cristianismo, cuando determinados episcopos se apropiaron del espontáneo culto a los mártires, para canalizarlo mediante grandes edificios en beneficio de la organización eclesiástica oficial (REYNAUD *et alii*,

1989, 1499), por no mencionar los numerosos casos de la “inventio” de reliquias o cuerpos de mártires por parte de obispos de sedes importantes que no contaban con ningún mártir que glorificara su ciudad. Entre otros, esto sucedió en Milán a fines del s. IV, cuando San Ambrosio (PRICOCO, 2003) enterró los cuerpos de los mártires “descubiertos”, Gervasio y Protasio, en la basílica *Martyrum*, para después instalar también allí su tumba (FASOLA y FIOCCHI NICOLAI, 1989, 1159). En Valencia, por el contrario, la existencia desde un principio de uno de los mártires más reconocidos facilitó este proceso. En Hispania se pueden referenciar otras numerosas asociaciones entre obispos y mártires: Nonito y San Félix de *Gerunda*, Asturio y los niños mártires, Justo y Pastor, de *Complutum*, Masona y Santa Eulalia de *Emerita* (GORDILLO, 2003).

En la época tardoantigua, los edificios cruciformes, normalmente con finalidad funeraria, se encuentran de un extremo a otro del Mediterráneo: desde Portugal (MACIEL, 1998) a Crimea. En esta alejada región del mar Negro son especialmente frecuentes y en un caso la tumba importante estaba en un sarcófago sobre la superficie (PÜLZ, 1998, 36)). Es muy posible que el más antiguo sea el mausoleo de Gala Placidia, en Ravena, construido por esta emperatriz en la primera mitad del s. V, pero no para ella sino para San Lorenzo y después se le asociaron los santos Nazario y Celsio. En su interior, por lo menos desde el s. XIV, tres sarcófagos ocupan otras tantas alas de la cruz. Aunque ahora es un edificio exento, en origen formaba parte de la iglesia de la “Santa Croce”, a la que estaba unido por un largo corredor (BOVINI, 1950), como también estaría en Valencia. Además de Crimea, es en el área del Adriático y del norte de Italia (CUSCI-

TO, 2003) donde se encuentra la más alta concentración de estos mausoleos cruciformes adosados a basílicas: Santa M^a Formosa en Pola (UJCIC, 1995), San Félix y Fortunato en Vicenza, San Opilión y San Prodocimo en Padova o San Lorenzo y San Simpliciano en Milán (TESTINI, 1980).

El largo episcopado de Justiniano y, por ende, la construcción de los principales edificios del grupo episcopal de Valencia, coincidió con el llamado periodo ostrogodo, larga etapa de casi medio siglo, entre 507 y 549, que siguió a la derrota visigoda frente a los francos en Vouillé, que les obligó a evacuar las Galias y a instalarse en Hispania. Durante esos años, el control del reino visigodo estuvo en manos de los godos de Italia, época de consolidación y estabilidad, en la que tuvo lugar una notable actividad constructiva (GARCIA IGLESIAS, 1975). Los referentes arquitectónicos que encontramos en el norte de Italia para los edificios de Valencia tal vez procederían, pues, de contactos e influjos propiciados durante este momento.

No es difícil encontrar otros casos de asociación de un sepulcro martirial alrededor del que se organiza el cementerio episcopal. Así sucedió en *Emerita*, que acogió el martirio de Santa Eulalia, coetáneo y tan auténtico como el de San Vicente, aunque en esta ocasión los obispos no trasladaron el cuerpo de la santa a la ciudad, sino que fueron ellos a enterrarse junto al mausoleo, pronto convertido en basílica funeraria, donde, desde un principio reposaron los restos de la santa. Además, a su alrededor se fue formando un *suburbium* del que se conoce la existencia de un *xenodochium* y dos monasterios (MATEOS, 1999). También en *Salona* los obispos se enterraron extramuros, junto los cuerpos de mártires locales (MARIN, 1989). En ambos casos, estas necrópolis

episcopales extramuros se encontraban muy cerca de la ciudad, mientras que en Valencia la Roqueta está mucho más lejos, a 1 km.

Esta necrópolis tan privilegiada, asociada a la tumba de un mártir y un obispo, no sería la única ni tampoco la primera de la zona episcopal. Como ya hemos visto, se ha localizado otra, bastante diferente y probablemente más antigua, al norte de la catedral, que ocupa prácticamente la misma extensión que el edificio público bajoimperial, al estar excavado sobre sus escombros, lo que, ante la ausencia de ajuares, es el principal indicador cronológico para las tumbas, que serían posteriores a la primera mitad del s. V. La tipología de estas sepulturas es de tradición romana. Si no fuera por su ubicación estratigráfica, pasarían perfectamente por enterramientos de época romana, lo que hace pensar que algún que otro cementerio extramuros, morfológicamente semejante, considerado como bajoimperial, como el de la plaza del Marqués de Busianos, también podría ser de estas fechas más avanzadas (SORIANO, 1996). El otro límite cronológico de estas sepulturas lo marca el cementerio que, des de finales del s. VI o a inicios del VII, se superpone a este. Una misma fecha proporciona el relleno que anula un pozo situado sobre la supuesta prisión martirial, que funcionaría al mismo tiempo que el primer cementerio. Su agua, como sucedía en otros lugares sacralizados, debió ser objeto de veneración (DONCEL-VOÛTÉE, 1998, 131. FORTINI, 1998, 6 y 44. GODOY y GURT, 1998). Fue cegado a causa de la construcción del pequeño edificio con ábside de herradura que lo cubre y que también coincide con el cambio del rito funerario (ALBIACH *et alii*, 2000). Se podría pensar en el periodo entre la segunda mitad

del s. V y la primera del VI para la vida de la primera fase de esta necrópolis.

C) EL GRUPO EPISCOPAL EN EL S. VII: UN CAMBIO EN LOS TIPOS PERO NO EN LOS MOTIVOS FUNERARIOS

La muerte del obispo Justiniano coincidió con un largo período de inestabilidad, entre 550 y 589, que alteró las estructuras políticas que habían condicionado la evolución de la ciudad y de todo su territorio (ROSSELLÓ, 2005). En esos años, el reino visigodo vivió usurpaciones y conflictos dinásticos que propiciaron la llegada de los bizantinos, ya asentados en Ceuta y las Baleares, que aprovecharon la ocasión para hacerse con parte del litoral mediterráneo hispano al sur del río Júcar (VALLEJO, 1993). La por entonces autónoma Valencia se convirtió en territorio fronterizo y en la ciudad se establecería una guarnición visigoda, para hacer frente a la cercana amenaza bizantina. En este contexto hay que entender la coetánea aparición del asentamiento fortificado de “València la Vella”, a 15 Km. al oeste de Valencia (ROSSELLÓ, 2000) y del que estaría situado en Alcàsser, a 15 km al sur de Valencia, donde se han hecho abundantes hallazgos de *tremises* de la época de Leovigildo asociados a peculiares enterramientos en cámaras excavadas en la roca (ALAPONT y TORMO, 2005). Esta primera presencia efectiva de elementos germánicos en el País Valenciano significaría su plena incorporación al más centralizado reino que, con Leovigildo, estaba surgiendo desde Toledo (ROSSELLÓ, 1998). Esta situación se plasmó en la realidad histórica y arqueológica de Valencia, como sería la existencia, en 589, de dos obispos en la misma ciudad, el arriano, de nombre godo, *Ubiligischus*, y el



FIGURA 11. Reconstrucción infográfica de la segunda necrópolis (fase visigoda) (foto S.I.A.M.)

católico y latino *Celsinus*, prueba fehaciente de que ya existía un considerable núcleo de gente foránea, que se diferenciaban de la población autóctona por sus rasgos étnicos y las tradiciones funerarias. Ambos grupos se agrupaban en torno a sus respectivos obispos. Dos obispos también significarían dos grupos episcopales, al menos durante 30-40 años. En otros lugares, donde dos comunidades cristianas distintas convivieron, caso de católicos y donatistas en África y católicos y arrianos en Italia, se sabe que tenían lugares de culto diferentes. En algunos yacimientos de estas zonas, donde se da una presencia excesiva de iglesias, se ha propuesto que esta abundancia respondería a las diversas confesiones existentes (GLASER, 1997. PÜLZ, 1998, 39).

A lo largo del s. VII, los principales edificios del grupo episcopal continuarían manteniendo su preponderancia, pero al norte

de la catedral, desde fines del s. VI o de los inicios del s. VII, en la zona del antiguo cementerio tuvieron lugar una serie de cambios relacionados con la transformación de la población que residía y moría en el entorno del obispo. Urbanística y arquitectónicamente, la novedad más destacable es el ábside de herradura que se construyó sobre el supuesto lugar martirial, atributo que le damos, entre varias cosas, por la existencia de esta estructura constructiva, bien conservada en planta pero apenas en alzado. Sus cimientos destacan por su escasa profundidad, 30 cm, y su tosca técnica constructiva, al igual que la de las paredes, que contrasta con la cuidadosa técnica usada en los monumentos de la fase anterior. La escasa anchura de los muros, unos 60 cm, queda lejos del metro que alcanzan los del baptisterio. Sellaba el pozo relleno con materiales de fines del s.

VI o inicios del VII, que permite fijar bien la fecha de su construcción.

En una amplia zona al este del pequeño ábside, se extendía un tosco pavimento de mortero de cal y gravas, que estaba perforado por las tumbas de la nueva necrópolis (FIG. 11), que ahora no solo ocupaba el mismo espacio que la anterior, de tradición romana, sino que continuaba hacia el norte, sobrepasando los límites del área excavada, al haberse encontrado en 1928 un sepulcro en la calle de l'Almodí. Es muy clara la posterioridad de este nuevo cementerio sobre el anterior, porque algunas de estas sepulturas rompían a otras de la fase inicial. Pero la diferencia entre ambas fases es mucho más que estratigráfica. Si la más antigua era de indudable tradición romana, ahora el cambio es casi total, porque se pasó de enterramientos individuales a colectivos, de ausencia a presencia de ajuares, de simples fosas con cubierta de tegula y ánforas a grandes cistas construidas con sillares y losas y cubiertas con una capa de *opus signinum*. Lo que no cambió fue el deseo de ser sepultado en esta misma zona. Aunque los sepulcros de este tipo aparecen desde el extremo norte al sur del solar de l'Almoína, su dispersión no es precisamente uniforme porque, con diferencia, la mayor concentración de tumbas se da en el área que rodea el ábside por el este y sudeste. En este espacio, relativamente reducido, no sólo se agrupan más sepulcros sino que es en éstos donde se registra la *ratio* más elevada de esqueletos por sepultura. Los dos que estaban más próximos al ábside, a sólo 1 metro, la 30 y la 31, contenían los restos de 19 y 31 personas, respectivamente. Otros de este sector presentaban unas cifras semejantes⁴. Solamente 2, el 57, con un individuo, y el 59, con 3, dieron cantidades sensiblemente inferiores, aunque los del en-

terramiento triple murieron de una misma infección y, seguramente, al mismo tiempo (ALAPONT, 2005). Por el contrario, las tumbas agrupadas más al norte contenían los restos de entre 2 y 9 cuerpos.

Una de las características que más llama la atención de esta necrópolis es, precisamente, el elevado y, al tiempo, anómalo número de esqueletos de cada uno de estos sepulcros (FIG. 12), verdaderos mausoleos familiares, siendo excepción los individuales, tan solo uno, pero también son minoritarios los que albergan 2 o 3.



FIGURA 12. *Tumba colectiva de la segunda necrópolis (fase visigoda) (foto S.I.A.M.)*

⁴ 30 esqueletos la nº 19, 13 la 20, 11 la 21, 9 la 24, 21 la 32, 5 la 35, 21 la 44 i 13 la 58.

La situación habitual en los cementerios hispánicos de esta época es, sin embargo, la contraria, con el predominio de los enterramientos individuales y alguna, siempre rara, tumba doble o triple, como sucede en Segobriga, (ALMAGRO, 1975) o *Mertola* (MACIAS, 1993), donde la tipología funeraria es muy parecida, aunque en Valencia las tumbas son mas grandes y cada una acogía a un grupo numeroso de gente que probablemente tendría lazos de parentesco (ALAPONT, 2005), lo que implicaría que cada sepulcro fuera un mausoleo familiar, propuesta basada también en la tipología de las tumbas, hechas para volver a ser abiertas en cualquier momento gracias a una losa vertical que hacía las veces de puerta, a la que se llegaba por un pequeño corredor desde uno de sus lados cortos. Sus dimensiones habituales eran de 2 por 3 m de superficie y 1 m de altura. Las piedras de buen tamaño que conformaban sus paredes y cubierta procedían de edificios romanos, algunas de monumentos funerarios alto-imperiales, como la tapadera de un sarcófago o las inscripciones del mausoleo de una de las familias más importantes de la ciudad romana. Por encima de las losas verticales de las paredes de la cista, se situaban otras en posición horizontal, normalmente tres, que componían el techo, sobre el que se colocaba una capa de tierra cubierta por un *rudus* de cantos de río, base del *opus signinum* que se encontraba a la vista indicando el lugar del sepulcro. En uno de los lados laterales cortos, normalmente el del lado oriental, se colocaba una losa vertical aislada, que no servía de sustentación a las piedras de la cubierta, porqué se usaba como puerta. De estos mausoleos monumentales sólo estaba a la vista la entrada al corredor de acceso y el pavimento de *signinum*, en el que se grababan motivos cristianos, como la cruz o el

crismón (FIG. 13), o se incrustaban placas de mármol. Tan solo se han conservado bien dos de estas cubiertas, sobre un total de 28 tumbas. En algún caso, un fragmento de fuste de columna situado en el extremo occidental, haría de cipo. En la necrópolis de *Mertola*, buena parte de las sepulturas, muy semejantes a estas, tenían sobre el *signinum* una inscripción de mármol con los datos del difunto (MACIAS, 1993).



FIGURA 13. Crismón inciso sobre la superficie de *signinum* de una tumba del s. VII. Archivo *SIAM*. N.º 1726

Los individuos se depositaban decúbito supino con los brazos extendidos paralelos al cuerpo y las piernas extendidas y paralelas, con los pies juntos. Sin embargo, la inhumación de cada individuo comportaba la desarticulación de los restos de los suje-

tos inhumados anteriormente, depositando los cráneos agrupados en la cabecera de la tumba y los huesos largos, agrupados en los laterales o a los pies, todo ello para facilitar la deposición del nuevo difunto. Los individuos estaban amortajados en el interior de sudarios y sujetos mediante ataduras. Al igual que los individuos enterrados en la fase anterior, la desarticulación de algunos componentes óseos indica la descomposición en vacío de los cuerpos.

Aunque este grupo de tumbas se caracteriza por su carácter colectivo, también existen dos individuales (tumbas 69 y 57). La primera de ellas se localiza al norte de la necrópolis, apartada del centro primordial del cementerio. Consistía en una fosa excavada en el suelo de forma rectangular, que se adaptaba a las dimensiones del cuerpo de un hombre de entre 16 y 17 años. El esqueleto estaba dispuesto decúbite supino, orientado oeste-este, 270° con respecto al norte. El cráneo se encontraba comprimido sobre el pecho, ligeramente decantado a la izquierda. La posición de las extremidades y los hombros comprimidos sugieren que el cuerpo estaba amortajado mediante ligaduras. La segunda de las tumbas se localiza en el núcleo principal de la necrópolis situado entre los tres edificios más importantes y representativos de la sede episcopal, el ábside de la memoria martirial, el baptisterio y la catedral (RIBERA y ROSSELLÓ, 2000). Por sus importantes dimensiones y destacada inversión constructiva deducimos que se trataba de un enterramiento relevante. La tumba consistía en una fosa excavada de forma rectangular cubierta por una gruesa capa de *opus signinum* sobre la que apareció incrustada una pequeña placa de mármol, sin inscripción incisa, aunque se podría pensar en una inscripción pintada que no se ha

conservado. La base de la tumba, sobre la que se dispuso el cuerpo, era el pavimento de un antiguo edificio del siglo IV. La piedra del acceso que funcionaba con el citado pavimento, se utilizó como almohada sobre la que se apoyó la cabeza del difunto, un hombre de entre 25 y 30 años, y 1,67 m de estatura. El esqueleto estaba dispuesto decúbite supino, orientado oeste-este, 275° con respecto al norte. El cráneo se encontraba comprimido sobre el pecho, mirando ligeramente a la derecha. El individuo mostraba una pésima salud bucal, con periodontitis y sarro considerable en toda la dentadura y exhibía una grave infección bucal, con cuatro grandes abscesos, dos en el maxilar y dos en la mandíbula, circunstancia que probablemente le causó la muerte. Además, todos los dientes del maxilar superior y los molares de la mandíbula presentaban caries, lo que denota una significativa ausencia de higiene dental. Destaca la presencia de fosa romboide en la clavícula derecha. Este rasgo indica una actividad continua de alzamiento de un objeto pesado que implica el uso de los músculos y huesos del pectoral y brazo derecho (MANN y MURPHY, 1990, 81-82) y que relacionamos con la utilización de algún tipo de armamento, probablemente una espada. Todos estos datos nos permiten deducir que el difunto podría formar parte del estamento militar.

Otro hecho a analizar son las tumbas que alojan unidades familiares. Los sepulcros 15 y 59 contenían solamente tres individuos. En el primero aparecieron un individuo masculino de entre 25 y 30 años, una mujer de entre 20 y 22 años y un niño de 10 años. El sepulcro contenía un depósito funerario consistente en una jarra de cerámica pintada. La segunda de las sepulturas alojaba un hombre de entre 30 y 35 años,

una mujer de una edad comprendida entre los 25 y 30 años y un infante de 9 años. Todos ellos fueron enterrados al mismo tiempo ya que los esqueletos se depositaron uno sobre otro. Además, este hecho se confirma al observarse que la descomposición de los cadáveres ha provocado que los huesos caigan adaptándose a la posición de los cuerpos situados directamente bajo. Esta tumba presentaba como a depósito funerario un ungüentario de vidrio colocado en el ángulo noroeste del sepulcro. Estos enterramientos colectivos debemos relacionarlos con episodios epidémicos e infecciosos que se extendían entre los individuos más próximos y que por tanto resultaban fatales para la unidad familiar. Probablemente, el carácter infeccioso y funesto de la muerte simultánea de varios miembros de la misma unidad familiar provocaría que la sepultura dejara de utilizarse por alojar los cuerpos de otros miembros del grupo.

El análisis antropológico de los esqueletos de la segunda fase indica que serían integrantes de una clase social elevada, ya que muestran una alta esperanza de vida. La mayoría llegan a los 45 años y varios superan los 60. Su estatura también es notable, la mayoría de los hombres superan 1,70 m., y la mayoría de las mujeres 1,60 m. Los indicadores sobre dieta y salud muestran también que gozaban de una buena nutrición desde la infancia, ya que existe por ejemplo una ausencia de hipoplasia dental.

Sin embargo, el hecho más significativo es la constatación de una cierta distancia biológica entre los individuos enterrados en la primera fase y los sepultados en la segunda, como ya apuntó Calvo (2000, 202), hecho que nos estaría indicando la presencia de nuevas gentes procedentes del norte de Europa. Resultan más robustos y muestran

una estatura mucho más elevada, circunstancia que se aprecia sobre todo en los esqueletos femeninos que evidencian una tamaño corporal, en ocasiones, propio de un individuo masculino. Los hombres miden en torno a 1,77 m. y las mujeres alrededor de 1,62. Los cráneos son en su mayoría mesocéfalos o braquicéfalos y se aprecian evidentes diferencias morfológicas entre ambas poblaciones.

La peculiaridad de esta necrópolis hace de ella un caso único dentro del mundo funerario, aunque el panorama de los cementerios episcopales tardo-antiguos de Hispania no es precisamente muy rico. En este reducido grupo solo podríamos incluir al de *Barcino*, de fines del s. VI e inicios del VII, que mantiene las tradiciones romanas (BONNET y BELTRAN, 2001) o el recientemente excavado en los alrededores de la basílica, posible catedral, del Tolmo de Minateda, la antigua sede de *Eio*, donde bastantes tumbas individuales, en cajas de piedra se disponen fuera del ábside (GÚTIERREZ *et alii*, 2005). Si la gran basílica de *Segobriga* fuese la catedral, el gran cementerio que la rodea (ALMAGRO, 1975) sería otra necrópolis episcopal del s. VII, que, a diferencia de las de *Barcino* y el Tolmo, sería, morfológicamente, mucho más semejante a la de Valencia, tanto por la tipología como por las dimensiones de los sepulcros y los ajuares, aunque se diferencian por su predominante carácter individual, bien lejos de las tumbas colectivas valencianas. Pero esta ausencia de sepulcros con una densidad tan grande de esqueletos es algo casi general a toda el área mediterránea coetánea. El caso más parecido es uno bien alejado, el cementerio del s. VII de la ciudad griega de Corinto, donde varios individuos también son enterrados juntos en el interior de grandes cistas, aunque

la abundancia de armas sugiere otra casuística (IVISON, 1996).

Este cementerio es una clara muestra de los importantes modificaciones que sufrieron las costumbres funerarias, que se deben relacionar con el notable cambio poblacional que ocurriría con la llegada de contingentes visigodos, que pronto adoptaron el rito católico pero impusieron sus prácticas inhumatorias, acabando con la tradición romana vigente hasta ese momento. Además, mediante el estudio de los numerosos esqueletos de esta segunda fase, ha sido posible distinguir su adscripción a una etnia más robusta que los de la primera fase (ALAPONT, 2005. CALVO, 2000), lo que indicaría una notable sustitución poblacional entre los ocupantes del barrio episcopal. La gran concentración de tumbas y el gran número de esqueletos que estas contenían estarían en la línea no solo del mantenimiento sino de un mayor desarrollo del culto a los mártires, algo bien característico del cristianismo de los visigodos (GODOY, 1998, 167. RIBERA y ROSSELLÓ, 2005). El modesto edificio con el ábside de herradura, erigido sobre el supuesto lugar del martirio, sería la mejor muestra de esta devoción, junto con la basílica que se construyó sobre la arena del anfiteatro de *Tarraco*, también para conmemorar el lugar del martirio de los santos Fructuoso, Eulogio y Augurio (GODOY, 1995). En la antigüedad tardía era normal sacrificar las tumbas de los mártires pero también lo era donde habían sufrido la muerte. Entre ambos lugares era corriente la celebración de procesiones, como sabemos ocurría en *Tarraco* con sus mártires (GODOY y GROS, 1994) o en *Arelate* con San Ginés (HEIJMANS, 2004).

En suma, el panorama funerario de la zona episcopal de Valencia durante la eta-

pa tardoantigua estaría jerarquizado de la siguiente manera:

- 1) Primera categoría: el sepulcro de un mártir en el ábside del mausoleo cruciforme
- 2) Segunda categoría: el sepulcro de un gran obispo, Justiniano, en el crucero del mausoleo
- 3) Tercera categoría: el cementerio de los obispos, en los arcosolios del pasillo que comunicaba el mausoleo con la catedral
- 4) Cuarta categoría: el cementerio de los dignatarios, en los alrededores del mausoleo.
- 5) Quinta categoría: las familias que viven en el centro episcopal y se enterraban alrededor de la sangre del mártir. Perduró la fe en el lugar sacro, pero cambian las formas (FIG. 14 y 15).
 - s. VVI: inhumaciones individuales, sin ajuar, tipología romana



FIGURA 14. *Visión lateral de una tumba colectiva del s. VII. Archivo SIAM*



FIGURA 15. *Visión frontal de una tumba colectiva (nº 20). Archivo SIAM.*

- s. VII-VIII: inhumaciones colectivas, con ajuar fundacional y de adorno personal, tipología germánica

D) LA ZONA NORTE: UN CEMENTERIO ANULADO

En el s. VII la parte norte de la zona episcopal experimentó no pocos cambios urbanísticos, aunque su lamentable estado impide que la conozcamos en detalle. En esta área se han localizado 5 tumbas de una fase precedente a estos cambios, que presentan poca homogeneidad entre ellas. Este grupo septentrional estaría separado del otro por el *decumanus maximus*, que, como el resto del viario, siempre está libre de enterramientos. Esta línea tan clara de separación indicaría que serían dos necrópolis distintas, como la que está al este del ábside de la ca-

tedral. Una inscripción (CIL IP²/14, 91. IHC 184) perdida desde el s. XVIII, de la tumba de un obispo del s. V o VI, estaba en la parte norte del grupo episcopal, por lo que podría relacionarse más con estas que con las de la catedral. Al contrario que en la parte sur, no hay apenas datos para fechar bien estas tumbas, aunque los pocos indicios, esencialmente de índole estratigráfico, llevan más al s. VI que al VII. Podría pertenecer, pues, a un cementerio distinto, coetáneo al de tradición romana de la parte sur, pero que alojaría ya a los primeros cambios en la morfología funeraria. Además, en esta misma zona se alzaron dos construcciones del s. VII, o del VIII, que no encajarían en una área funeraria, como un hipotético y deteriorado edificio poligonal (ALBIACH *et alii*, 2000), dentro del que quedarían englobadas dos de las sepulturas. La otra es más clara, una noria alzada con grandes sillares en su

mitad sur y en mampostería en la norte, que es absidada. La erección de estos elementos debió clausurar el área funeraria y convertir esta parte en un espacio productivo, que enlazaría con los campos de silos identificados un poco más al norte, cerca del río (ROSELLÓ, 2000b). Muy próxima a esta zona debería estar la puerta de la muralla, que marcaría el límite septentrional del grupo episcopal y de la ciudad.

A lo largo del s. VII, en el grupo episcopal se definieron dos áreas funcionales distintas, la meridional, desde siempre destinada a zona de culto y cementerios, y la septentrional, que después de varias transformaciones terminó convertida en una zona productiva, fenómeno que también podría haber ocurrido en la primera mitad del s. VIII. Estos cambios podrían haberse producido a partir de la conversión de los visigodos al catolicismo, en el 589 (GODOY y VILELLA, 1991), tras la fusión en uno sólo de los dos centros episcopales que durante algún tiempo debieron coexistir.

E) LOS OTROS CEMENTERIOS DE LA CIUDAD

En comparación con el grupo episcopal, muy poco es lo que sabemos del resto de la ciudad, incluso de algunos de sus elementos básicos. Donde mejor se han puesto de manifiesto las construcciones de época visigoda ha sido en la arena del circo, donde no se han producido hallazgos funerarios.

Además de las necrópolis de la zona episcopal, poco más conocemos de las áreas funerarias de la ciudad. Una gran tumba de losas con un enterramiento colectivo, muy semejante a las grandes sepulturas de l'Almoína, apareció en la calle del Mar, en

plena área urbana, donde también aparecieron 3 inhumaciones individuales (RIBERA y SORIANO, 1987 y 1996). Curiosamente, se encuentran muy cerca de uno de los lugares que la tradición considera relacionado con la figura de San Vicente: la Cárcel de la calle del Mar (SORIANO y SORIANO, 2000).

Ya fuera del recinto urbano, hacia el oeste, se encuentra el cementerio de la plaza del Marqués de Busianos, formado alrededor de un edificio pagano, un templo o mausoleo (ARNAU *et alii*, 2005). Algunas de las tumbas individuales de la Roqueta, también podrían ser de los s. VI-VII.

Otro hecho funerario es la esporádica presencia de cadáveres aislados, que se han recuperado en por lo menos 8 lugares, de un extremo a otro de la ciudad, tanto dentro como fuera del recinto. Suelen aparecer lejos de cementerios conocidos y sobre grandes fosas, colocados sin ningún cuidado ni orientación que delate la más mínima intención sepulcral, sino que, al contrario, parecen estar lanzados en los vertederos. Incluso, en una ocasión, en la calle Cabillers, apareció un esqueleto tirado de cabeza en una pequeña fosa. Siempre se fechan en un momento avanzado de la etapa visigoda, entre fines del s. VI o ya en el VII. Esqueletos aislados, incluso lanzados en pozos, también se han detectado en la Mérida de este periodo (ALBA, 1998).

IV. EPÍLOGO: EL FINAL DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS

El repentino colapso del Reino visigodo no supuso una rápida ruptura de la sociedad ya que la inevitable islamización fue un proceso tan continuo como lento, que en lugares tan



FIGURA 16. Tumba mozárabe (nº 13), instalada sobre las del s. VII. Archivo SIAM.

⁵ Este personaje ya en su juventud formaba parte de la guardia y del círculo próximo al rey Egica (687-702). Posteriormente mandó una flota que derrotó una incursión naval bizantina y cuando los árabes llegaron al sur del País Valenciano, les hizo frente con suerte adversa, aunque consiguió negociar un pacto por el que, a cambio de tributos, le mantuvo como el señor de 7 ciudades y de un amplio territorio del sudeste de la península ibérica. Tal vez fuera el gobernador de la provincia Carthaginense marítima. Seis de estas ciudades se concentran en las actuales provincias de Alicante, Albacete y Murcia y la última, *Balantala*, aun no se ha identificado con certeza. Nosotros creemos que muy bien podría ser *Valentia*, por la semejanza toponímica y la no excesiva distancia con las restantes, que siempre tienen en común su pertenencia a la antigua provincia Carthaginensis. Esta asimilación nos permitiría relacionar con este personaje el palacio del "Plá de Nadal", a 14 Km. de Valencia, donde se ha encontrado un anagrama y un grafito que aluden a un antropónimo muy semejante a Teodomiro (LLOBREGAT 1973. JUAN y LERMA 2000. RIBERA 2005b).

emblemáticos como Córdoba solo culminará en el s. X. En buena parte del País Valenciano, además, a través del pacto suscrito por Teodomiro⁵, el modo de vida anterior permaneció bastante inalterado hasta mediados del s. VIII, cuando la instalación de abundantes contingentes árabes, que en parte se unieron a la antigua elite hispano-goda, acabó con esta perduración visigodo-cristiana. En 778-779 *Valentia* fue destruida en una guerra civil, momento que marcaría el final de la ciudad tardo-antigua y el inicio de la islámica. Sin embargo, la arqueología ha sido muy parca para estos momentos de transición, tanto para el s. VIII como para el IX.

La escasa evidencia sugeriría cierta perduración del núcleo cristiano hasta mediados del s. VIII. Aunque no se puede descartar que algunas de las grandes tumbas colectivas también llegara a este momento, con este periodo final se relaciona la tercera fase de la necrópolis, que podríamos denominar mozárabe, de la que nos han llegado unas pocas sepulturas (FIG. 16), siempre situadas alrededor de los dos centros de atracción funeraria: la memoria martirial y el mausoleo cruciforme. Se volvió a los sepulcros individuales dentro de fosas delimitadas por piedras de pequeño y mediano tamaño (RIBERA y SORIANO, 1996). Aunque estas tumbas suponen la perduración innegable del carácter cristiano de la zona, además del cambio tipológico funerario, también se detectan otros indicios de la nueva situación, al encontrarse entre las piedras que formaban las nuevas tumbas elementos del mobiliario litúrgico, como fragmentos de cancelos y de altares, lo que supondría los primeros pasos de la desafección del culto cristiano de parte de esta zona.

Hasta el siglo X no se aprecia nueva actividad constructiva en la zona de l'Almoina,

momento en que surgió un barrio artesanal (MARTÍ y PASCUAL, 2000) sobre la memoria martirial y la antigua curia, que fueron arrasadas, mientras que de la fase constructiva visigoda aun se utilizaron, hasta el s. XI, las estructuras de abastecimiento hidráulico: el pozo y la noria. El baptisterio fue muy remozado en su interior y en el s. XI y XIII fue

integrado en las fortificaciones del Alcázar mientras el mausoleo cruciforme se transformó en unos baños (ROSSELLÓ y SORIANO, 1998) y la catedral se convertiría en la mezquita. La topografía islámica se impuso con toda rotundidad en el s. XI, cancelándose en estos momentos lo que poco que pudiera subsistir de la ciudad cristiana.

BIBLIOGRAFÍA

ALAPONT, L. (2005): "La necròpolis de l'àrea episcopal de València. noves aportacions antropològiques", VI *Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica* (València 2003), pp. 245-250.

ALAPONT, L.; TORMO, F. (2005): "La necròpolis i les troballes monetàries del jaciment visigòtic de "la Senda de l'Horteta" en Alcàsser (València)", VI *Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica*, (València 2003), pp. 317-322.

ALBA, M. (1998): "Consideraciones arqueológicas en torno al siglo V en Mérida: repercusiones en las viviendas y en la muralla", *Mérida. Excavaciones arqueológicas 1996. Memoria*, Mérida, pp. 361-385.

ALBIACH, R.; SORIANO, R. (1996): "El cementerio romano meridional: nuevos y viejos datos", *Saitabi* 46, Valencia, pp. 101-122.

ALBIACH, R.; SORIANO, R. (1996b): "El cementerio romano de Orriols", *Saitabi* 46, Valencia, pp. 123-146.

ALBIACH, R.; BADIA, A.; CALVO, M.; MARÍN, C.; PIÀ, J.; RIBERA, A. (2000): "Las últimas excavaciones (1992-1997) del solar de l'Almoina: nuevos datos de la zona episcopal de Valentia", V *Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica*, (Cartagena 1998), pp. 63-86.

ALMAGRO, M. (1975): *La necrópolis Hispano-Visigoda de Segobriga. Saelices (Cuenca)*, Excavaciones Arqueológicas en España 84, Madrid.

ÁLVAREZ, N.; BALLESTER, C.; CARRIÓN, Y.; GRAU, E.; PASCUAL, G.; PÉREZ, G.; RIBERA, A.;

RODRIGUEZ, C. (2005): "L'àrea productiva d'un edifici del fòrum de Valentia al Baix imperi (s. IV-V)", VI *Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica* (València 2003), pp. 251-260.

AMENGUAL, J. (1988): "Les fonts històriques de les Balears en temps cristians fins als àrabs", *Les Illes Balears en temps cristians fins als àrabs. Col·lecció Recerca 1*, pp. 15-20.

ARNAU, B.; GARCIA, I.; RUIZ, E.; SERRANO, M. L. (2003): "El monumento funerario templiforme de la plaza de San Nicolás, Valencia, y su contexto arqueológico", *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia-Saguntum* 35, pp. 177-196.

ARNAU, B.; GARCIA, I.; RUIZ, E.; SERRANO, M.L. (2005): "Nuevos datos sobre la necrópolis occidental de la antigüedad tardía (Valencia)", VI *Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica* (València 2003), pp. 261-266.

BERNABÉ, A. (1994): "La necrópolis tardo-romana de Barbate: las ánforas", III *Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica (Maó 1988)*, Barcelona, pp. 413-422

BONNET, C.; BELTRÁN DE HEREDIA, J. (2001): "Origen y evolución del conjunto episcopal de Barcino: de los primeros tiempos cristianos a la época visigoda", *De Barcino a Barcinona (siglos I-VII). Los restos arqueológicos de la plaza del Rey de Barcelona*, Barcelona, pp. 74-95.

BOVINI, G. (1950): *Il cosiddetto Mausoleo di Galla Placidia in Ravenna*, Colezione "Amici delle Catacombe" XIII, Città del Vaticano.

- BROTHWELL, D. R. (1981): *Digging up bones*, 3rd ed., British Museum, London, Oxford University Press, Oxford.
- BUENACASA, C. (2003): "La instrumentalización económica del culto a las reliquias: una importante fuente de ingresos para las iglesias tardoantiguas occidentales (ss. IV-VIII)", *Santos, obispos y reliquias, Acta Antiqua Complutensia* 3, Alcalá de Henares, pp. 123-140.
- BURRIEL, J.; RIBERA, A.; ROSSELLÓ, M.; SERRANO, M. (2003): "Un área portuaria fluvial al norte de Valentia", *IV Jornadas de Arqueología Subacuática. Puertos fluviales antiguos: ciudad, desarrollo e infraestructuras (Valencia 2001)*, Valencia, pp. 127-141.
- CALVO, M. (2000): "El cementerio del área episcopal de Valencia en la época visigoda", *Los orígenes del cristianismo en Valencia y su entorno. Grandes Temas Arqueológicos* 2, Valencia, pp. 193-206.
- CASTILLO, P. (1999): *Los mártires hispanorromanos y su culto en la Hispania de la Antigüedad Tardía*, Biblioteca de Estudios Clásicos, Granada.
- CASTILLO, P. (2002): *Cristianos y hagiógrafos. Estudio de las propuestas de excelencia cristiana en la Antigüedad Tardía*, Graeco-Romanae Religionis Electa Collectio 13, Madrid.
- CUSCITO, (G) (2003): "Gli edifici di culto in area altoadriatica tra VI e VIII secolo", *Hortus Artium Medieevalium* 9, Zagreb – Motovum, pp. 33-54.
- DONCEEL-VOÛTE, P. (1998): "Le fonction des lieux de culte aux VI^e-VII^e siècles: monuments, textes et images", *XIII Congressus Internationalis Archaeologiae Christianae*, Città del Vaticano – Split, pp. 97-156.
- ESCRIVÀ, V.; ROSSELLÓ, M.; SORIANO, R. (1990): "Altar Paleocristiano del área episcopal de Valencia", *Quaderns de Prehistoria i Arqueologia de Castelló* 13, Castelló, pp. 333-344.
- FASOLA, U.; FIOCCHI NICOLAI, V. (1989): "Le necropoli durante la formazione della città cristiana", *XI Congrès International d'Archéologie Chrétienne*, Roma, pp. 1153-1213.
- FERLENGA, A. (1990): "Città romana e trasformazioni cristiane. Alcuni esempi", *Lotus International* 65, *il territorio secolarizzato*, Milán, pp. 41-52.
- FERNÁNDEZ, A. (1984): *Las ánforas romanas de Valentia y de su entorno marítimo*, Serie Arqueológica Municipal 3, Valencia.
- FORTINI, P. (1998): *Carcer Tullianum. Il Carcere Mamertino al foro romano*, Guida Electa per la Soprintendenza Archeologica di Roma, Roma.
- GARCÍA OMS, A. (1984): "L'enigma històric de Sant Vicent de la Roqueta", *L'Espill* 9, Valencia, pp. 113-126.
- GARCIA, E.; GUERIN, P. (2002): "Nuevas aportaciones en torno a la necrópolis romana de la calle Quart de Valencia (s. II a.C. – IV d.C.)", *Espacios y usos funerarios en el Occidente romano (Córdoba 2001)*, Córdoba, pp. 203-216.
- GARCIA IGLESIAS, L. (1975): "El intermedio ostrogodo en Hispania (507-549)", *Hispania Antiqua* V, pp. 89-120.
- GLASER, F. (1997): *Frühes Christentum im Alpenraum. Eine archäologische Entdeckungsreise*, Regensburg.
- GODOY, C. (1995): "La Memoria de Fructueux, Augure et Euloge dans l'arene de l'amphithéâtre de Tarragone: nouvelle hypothèse sur son implantation", *Antiquité Tardive* 3, pp. 251-262.
- GODOY, C. (1998): "Algunos aspectos del culto de los santos durante la antigüedad tardía en Hispania", *Pyrenae* 29, Barcelona, pp. 161-170.
- GODOY, C. (2000): "Calagurris, centro de culto martirial de los santos Emeterio y Celedonio. Observaciones sobre la restitución arquitectónica de la Memoria Martyrum a partir de Prudencio", *Kalakorikos* 5, Calahorra, pp. 87-102.
- GODOY, C.; GROS, M. D. S. (1994): "L'Oracional Hispànic de Verona i la Topografia Cristiana de

- Tarraco a l'Antiguitat Tardana: Possibilitats i límits", *Pyrenae* 2, Barcelona, pp. 245-258.
- GODOY, C.; GURT, J. M. (1998): "Un itinerario de peregrinaje para el culto martirial y veneración del agua bautismal en el complejo episcopal de Barcino", *Madrider Mitteilungen* 39, pp. 323-335.
- GODOY, C.; VILELLA, J. (1991): "La conversión de los visigodos al catolicismo como afirmación política de la monarquía de Toledo", *Gallo-Romains, Wisigoths et Francs en Aquitaine, Septimanie et Espagne. VII Journées Internationales d'Archéologie mérovingienne*, pp. 103-111.
- GORDILLO, P. (2003): "Dedicaciones e intereses de los obispos toledanos contados por Ildefonso, obispo y santo", *Santos, obispos y reliquias, Acta Antiqua Complutensis* 3, Alcalá de Henares, pp. 35-44.
- GUTIÉRREZ, S.; ABAD, L.; GAMO, B. (2005): "Eio, Yyyuh y el Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete): de sede episcopal a madina islámica", *VI Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica (València 2003)*, pp. 345-370.
- HEIJMANS, M. (2004): *Arles durant l'Antiquité tardive. De la duplex Arelas à l'urbis Genesii*, Col. de l'École Française de Rome 324, Roma.
- IVISON, E. A. (1996): "Burial and Urbanism at Late Antique and Early Byzantine Corinth (c. AD 400-700)", *Towns in Transition. Urban evolution in Late Antiquity and the Early Middle Ages*, pp. 99-125.
- JIMÉNEZ, J. L.; RIBERA, A. (2003): "La arquitectura y las transformaciones urbanas del centro de Valencia durante los primeros mil años de la ciudad", *Historia de la Ciudad. III. Arquitectura y transformación urbana en Valencia*, Valencia, pp. 17-30.
- JIMÉNEZ, J. L.; RIBERA, A. (2005): "La topografía religiosa de Valencia romana", *Historia de la ciudad IV. Memoria urbana*, pp. 17-34
- JUAN, E.; LERMA, J. V. (2000): "La villa aúlica del "Plá de Nadal" (Riba-roja de Túria)", *Grandes Temas Arqueológicos 2. Los orígenes del cristianismo en Valencia y su entorno*, Valencia, pp. 135-142.
- KEAY, S. J. (1984): *Late Roman amphorae in the western Mediterranean. A typology and economic study: the Catalan evidence*, British Archaeological Reports, Int. Ser. 196, Oxford.
- LINAGE, A. (1972): "Tras las huellas de Justiniano de Valencia", *Hispania Antiqua* II, pp. 203-216.
- LLOBREGAT, E. (1973): *Teodomiro de Oriola. Su vida y su obra*, Alicante.
- LLOBREGAT, E. (1975): "Los orígenes y el final del obispado de Elche", *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos* 14, Alicante, pp. 47-59.
- LLOBREGAT, E. (1977): *La primitiva cristiandat valenciana. Segles IV al VIII*, L'Estel, Valencia.
- LLORCA, J. (1962): "Hallazgo de una necrópolis romana en el antiguo Portal de Ruçafa", *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia* 1, pp. 111-115, Valencia.
- MACIAS, J. M. (2000): "Tarraco en la Antigüedad tardía: un proceso simultáneo de transformación urbana e ideológica", *Los orígenes del Cristianismo en Valencia y su entorno. Grandes Temas Arqueológicos 2*, Valencia, pp. 259-271.
- MACIAS, S. (1993): "Um espaço funerário", *Basílica Paleocrista*, Mértola, pp. 30-65.
- MACIEL, J. (1998): "Trois églises de plan cruciforme au Portugal et les trajets méditerranéens des VI^e et VII^e siècles", *XIII Congressus Internationalis Archaeologiae Christianae*, Città del Vaticano/Split, pp. 745-756.
- MANN, R.; MURPHY, S. (1990): *Regional Atlas of Bone Disease*, C.C.Thomas Publisher, Springfield.
- MARÍN, C.; PIÀ, J.; ROSSELLÓ, M. (1999): *El foro romano de Valentia*, Quaderns de Difusió Arqueològica 4, Valencia, 1999.

- MARÍN, C.; RIBERA, A. (1999): "Un edificio público Bajoimperial del Foro de Valentia", *Revista d'Arqueologia de Ponet* 9, Lleida, pp. 277-290.
- MARIN, E. (1989): "La topographie chrétienne de Salone. Les centres urbains de la pastorale", *XI Congrès International d'Archéologie Chrétienne*, pp. 1117-1131.
- MAROT, T.; RIBERA, A. (2005): "El tesoro de la calle Avellanas (Valencia)", *Tesoros monetarios de Valencia y su entorno. Grandes Temas Arqueológicos* 4, Valencia, pp. 161-168.
- MARTÍ, X.; PASCUAL, P. (2000): "El desarrollo urbano de Madina Balansiya hasta el final del califato", *Coloquio sobre la ciudad en Al-Andalus*, Berja, pp. 500-536.
- MATEOS, P. (1999): *Sta. Eulalia de Mérida. Arqueología y Urbanismo*, Anejos de Archivo Español de Arqueología XIX, Madrid.
- NOLLA, J. M.; SAGRERA, J. (1995): *Civitatis Impuritanæ coemeteria. Les necròpolis tardanes de la Neapolis*, Estudi General 15, Girona, pp. 264-266.
- PASCUAL, P.; RIBERA, A.; ROSSELLÓ, M.; MAROT, T. (1997): "València i el seu territori: contextos ceràmics de la fi de la romanitat a la fi del califat (270-1031)", *Contextos ceràmics d'època romana tardana i de l'alta edat mitjana (segles IV-X)*. *Arqueo Mediterrània* 2, Barcelona, pp.179-202.
- PASCUAL, G.; RIBERA, A.; ROSELLÓ, M. (2003): "La catedral de Valentia (Hispania) en época visigoda", *Hortus Artium Medievalium* 9, Zagreb - Motovum, pp. 127-142.
- PERGOLA, P. (1998): "Continuità e trasformazione urbane nell'Africa romana", *XIII Congressus Internationalis Archaeologiae Christianae*, Città del Vaticano - Split, pp. 55-60.
- PICARD, J. C. (1989): "Latrium dans les églises paléochrétiennes d'Occident", *XI Congrès International d'Archéologie Chrétienne*, Roma, pp. 505-558.
- PICARD, J. C. (1991): "Les évêques bâtisseurs (IVe - VIIe siècle)", *Naissances des arts chrétiens. Atlas des monuments paléochrétiens de la France*, Paris, pp. 44-49.
- PRICOCO, S. (2003): "Culto dei santi e delle reliquie nell'età di Teodosio: Martino di Tours, Ambrogio di Milano e Paolino di Nola", *Santos, obispos y reliquias, Acta Antiqua Computensia* 3, Alcalá de Henares, pp. 35-44.
- PÜLZ, A. (1998): "Die Frühchristlichen Kirchen des Taurischen Chersonesos/Krim", *Mitteilungen zur Christlichen Archäologie* 4, Viena, pp. 45-78.
- REMOLA, J. A. (2000): *Las ánforas tarde-antiguas en Tarraco (Hispania Tarraconensis)*, Instrumenta 7, Barcelona.
- REYNAUD, J. F.; COLARDELLE, R.; JANNETVALLAT, M.; PERINETTI, R.; PRIVATI, B. (1989): "Les edifices funéraires et les nécropoles dans les Alpes et la vallée du Rhône. Origines et premiers développements", *XI Congrès International d'Archéologie Chrétienne*, Roma, pp. 1475-1514.
- RIBERA, A. (1996): "La topografía de los cementerios romanos de Valentia", *Saetabi* 46, Valencia, pp. 85-100.
- RIBERA, A. (1998): *La fundació de València. La ciutat a l'època romanorepublicana (segles II-I a. de C.)*, Estudios Universitarios 71, Valencia.
- RIBERA, (1998b): "The discovery of a monumental circus at Valentia (Hispania Tarraconensis)", *Journal of Roman Archaeology* 11, pp. 318-337.
- RIBERA, A. (2000): "Valentia del paganismo al cristianismo: siglos IV y V", *Los orígenes del Cristianismo en Valencia y su entorno. Grandes Temas Arqueológicos* 2, Valencia, pp.19-32.
- RIBERA, A. (2002): "La fundación de Valencia y su impacto en el paisaje", *Historia de la Ciudad. II. Territorio, sociedad y patrimonio*, Valencia, pp. 29-54.
- RIBERA, A. (2002b): "El urbanismo de la primera Valencia", *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania, Grandes Temas Arqueológicos* 3, Valencia, pp. 299-313.

CEMENTERIOS TARDOANTIGUOS DE VALENCIA: ARQUEOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA... _____

- RIBERA, A. (2003): "Valentia: del foro al área episcopal", *Santos, obispos y reliquias, Acta Antiqua Complutensia* 3, Alcalá de Henares, pp. 45-83.
- RIBERA, A. (2005): "San Vicent i l'arqueologia de València", *XII Simposio de Teologia Histórica (Valencia 2004), San Vicente Mártir: servidor y testigo. En el XVII Centenario de su martirio*, Valencia, pp. 45-69.
- RIBERA, A. (2005b): "El contexto histórico y arqueológico de las monedas visigodas del País Valenciano", *Gaceta Numismática* 157, pp. 45-61.
- RIBERA, A.; ROSSELLÓ, M. (1999): *L'Almoina: el nacimiento de la Valentia cristiana*, Quaderns de Difusió Arqueològica 5, Valencia.
- RIBERA, A.; ROSSELLÓ, M. (2000): "El primer grupo episcopal de Valencia", *Los orígenes del cristianismo en Valencia y su entorno. Grandes Temas Arqueológicos* 2, Valencia, pp. 165-185.
- RIBERA, A.; ROSSELLÓ, M. (2005): "El grupo episcopal de Valentia en el siglo VII, un ejemplo del desarrollo del culto martirial", *El siglo VII en España y su contexto mediterráneo. Acta Antiqua Complutensia* 5, Alcalá de Henares, pp. 123-153.
- RIBERA, A.; ROSSELLÓ, M. (en prensa): "Contextos cerámicos de mediados del siglo V en Valencia y sus alrededores", *LRCW 2, Late Roman Coarse Wares, Cooking Wares and Amphorae in the Mediterranean, Archaeology and Archaeometry* (eds. M. Bonifay and J.-C. Treglia), BAR Int. Ser., Oxford.
- RIBERA, A.; SORIANO, R. (1987): "Enterramientos de la Antigüedad Tardía en Valentia", *Lucentum* VI, Alicante, pp. 139-164.
- RIBERA, A.; SORIANO, R. (1996): "Los cementerios de época visigoda", *Saetabi* 46, pp. 195-230.
- ROSSELLÓ, M. (1998): "La politique d'unification de Léovigild et son impact à Valence (Espagne): évidences littéraires et archéologiques", *XIII Congressus Internationalis Archaeologiae Christianae*, Città del Vaticano-Split, pp. 735-744.
- ROSSELLÓ, M. (2000): "El recinto fortificado de "València la Vella" en Riba-roja de Túria", *Los orígenes del cristianismo en Valencia y su entorno. Grandes Temas Arqueológicos* 2, Valencia, pp. 127-133.
- ROSSELLÓ, M. (2000b): "Economía y comercio de Valencia en época visigoda", *Los orígenes del cristianismo en Valencia y su entorno. Grandes Temas Arqueológicos* 2, Valencia, 2000b, pp. 207-218.
- ROSSELLÓ, M. (2005): "El territorium de Valentia a l'antiguitat tardana", *VI Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica* (València 2003), pp. 279-304.
- ROSSELLÓ, M.; RUIZ, E. (1996): "La necrópolis Occidental de la Valencia romana", *Saetabis* 46, Valencia, pp.147-168.
- ROSSELLÓ, M.; SORIANO, R. (1998): "Los restos arqueológicos exhibidos", *Cripta Arqueológica de la Cárcel de San Vicente*, Valencia, pp.41-56.
- SAXER, V. (1989): "La Passion de Saint Vincent diacre dans la première moitié du V siècle. Essai de reconstitution", *Revue des Études Augustiniennes* XXXV 2, pp. 275-297.
- SAXER, V. (1995): "Le Culte de S. Vincent dans la peninsule hispanique avant l'an mil", *IV Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica (Lisboa 1992)*, Barcelona, pp. 141-150.
- SORIANO, R. (1989): "La necrópolis de la Boattella: elementos para su cronología", *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia-Saguntum* 22, Valencia, pp. 393-411.
- SORIANO, R. (1995): "L'édifice cultique de la prison de Saint Vincent. Valence/Espagne", *XII Congreso Internacional de Arqueología Cristiana* (Bonn 1991), pp.1193-1201.
- SORIANO, R. (1996): "Las necrópolis bajo-impereales. Nuevas aportaciones", *Saetabi* 46, Valencia, pp. 169-180.
- SORIANO, R.; SORIANO, F. J. (2000): "Los lugares vicentinos de la ciudad de Valencia", *Los orígenes del cristianismo en Valencia y su entorno. Grandes Temas Arqueológicos* 2, Valencia, pp. 187-192.

LLORENÇ ALAPONT / ALBERT VICENT

- TESTINI, P. (1980): *Archeologia cristiana*, Edipuglia, Bari.
- UJCIC, Z. (1995): "Le décor stucqué de la chapelle méridionale de la basilique Sainte-Marie "Formosa" à Pula", *Hortus Artium Medievalium* 1, Zagreb-Motovun, pp. 150-161.
- VAES, J. (1989): "Nova construere sed amplius vetusta servare: la réutilisation chrétienne d'édifices antiques", *XI Congrès International d'Archéologie Chrétienne*, pp. 299-321.
- VAES, J. (1990): "Riutilizzazione cristiana di edifici dell'antichità classica. Un atlante", *Lotus International 65, il territorio secolarizzato*, Milan, 17-40.
- VALLEJO, M. (1993): *Bisancio y la España tardo-antigua (ss. V-VIII): un capítulo de historia mediterránea*, Memorias del Seminario de Historia Antigua IV, Alcalá de Henares.
- WARD-PERKINS, B. (1996): "Urban Continuity?", *Towns in Transition. Urban evolution in Late Antiquity and the Early Middle Ages*, pp. 4-17.